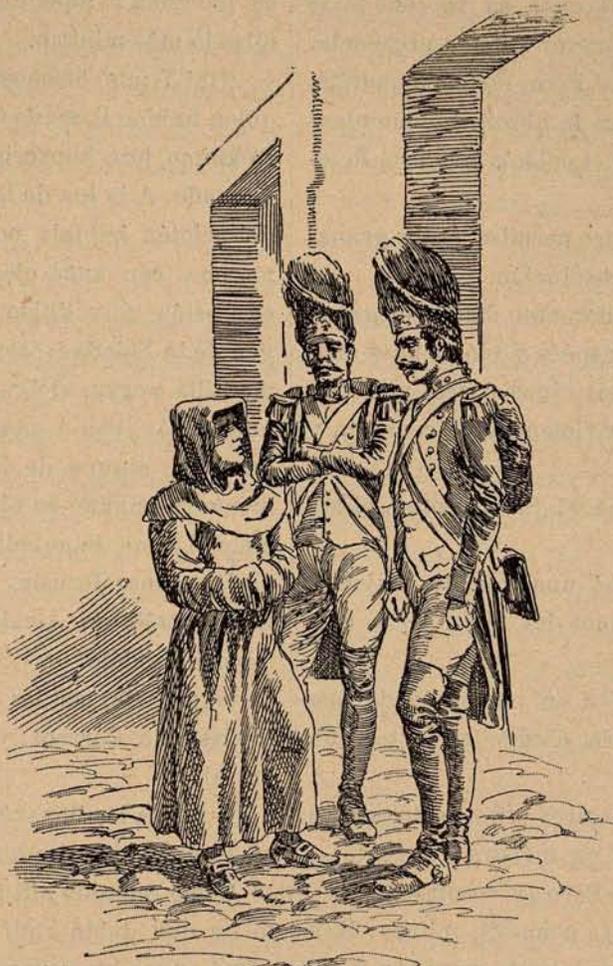


sacerdotes, chisperos, soldados, individuos de la clase media, sin respeto siquiera á la inocencia de los niños ni á las canas de la senectud. Una vez en tierra el montón de víctimas, muertos unos, agonizantes otros, mal heridos algunos y exhalando des-

garradores ayes, eran arrojados á un carro que los conducía á una fosa, siendo enterrados indistintamente los muertos y los que aun luchaban con las ansias del morir. ¡Nunca se vió crueldad tan espantosa!



Ferraz Pargas

—¿Qué buscáis aquí?

XIV

Las descargas del Retiro y del Prado distinguíanse, por lo repetidas, de las que oyera antes Jesuquito. Su terrible presentimiento le hizo sospechar lo que era, á cuya idea estuvo á punto de perder el sentido. Con todo, haciendo un esfuerzo, pudo conservar su serenidad, y sin miedo á la tropa, que estaba formada en medio de la calle, encaminóse á la casa que le había indicado Arjona.

Al ver que llamaba á aquella puerta, dirigieronse á él dos franceses, y con tono nada tranquilizador

le preguntó uno de ellos en chapurreado castellano:

—¿Qué buscáis aquí?

Turbóse el chico; pero comprendiendo que le iba la vida si despertaba la menor sospecha, dijo:

—Iba á ver al tío Geromo de parte del superior de mi convento por si había ocurrido novedad en su familia, pues es próximo pariente de uno de los religiosos, que no cesa de llorar en todo el día.

—¿Llorar por esos brigantes? ¡Bueno será él! Retiraos, y decidle á vuestro superior que la familia que vivía en esa fragua está respondiendo de sus salvajes crímenes ante la comisión militar.

—¡Dios santo!

—¿Eh? Me parece que voy á llevaros allí á vos también.

—No lo quiera el cielo, señor granadero, no habiendo cometido ninguna culpa. En fin, llevaré á nuestro reverendo padre la triste noticia que me habéis comunicado, y quiera Dios recoger en su seno á las víctimas que han de comparecer ante su presencia.

—¡Pesado estáis, frailuco! Pero, en fin, si queréis, podéis vos mismo ir á darles la absolución mientras esperan. Ahí los veréis, en el pelotón que está detenido junto á la pieza.

—¡Oh! ¡Gracias por vuestro permiso, señor granadero! Voy, sí, á darles la absolución.

Jesusito se dirigió rápidamente hacia el grupo que le había indicado el francés y vió á unos cuarenta prisioneros, entre ellos cinco ó seis mujeres. Acercóse, palpitándole con violencia el corazón, y preguntó:

—¿Quién de Vds. conoce al Sr. Geromo, el herrero?

—¡Es mi padre!—exclamó una voz de mujer.—¡Hermano! Ved: aquí estamos los hijos: yo y este joven.

Jesusito se acercó y vióse en presencia de una joven de singular hermosura, á cuyo lado estaba un mozo de gallardo porte.

—Iba á vuestra casa á deciros que vuestro padre se encuentra sano y salvo en nuestro convento,—dijo en voz baja Jesusito.—Pero ¿y vosotros?

—Ya veis: nos llevan á la comisión militar. Han registrado la casa y han encontrado armas, y á mi hermana lavando su basquiña llena de sangre. Porque Carolina se ha portado como debía en la Puerta del Sol y ha enviado al otro mundo á un cazador de á caballo. Eso no lo saben ellos; pero lo han sospechado al verla lavando, y temo no nos hagan ahora un mal tercio.

—Dios no lo querrá, hermano.

—¿Y padre?—exclamó la joven.

—Vuestro padre ha estado en el Parque con un militar y han logrado refugiarse ambos en nuestra casa. Pero dejémonos de él. Si yo pudiera seros útil en algo...

—¡*En route!*—gritó una voz ronca.

—¡Adiós!—exclamó el hijo del herrero.

—¡Padre! ¡Padre!—gritó Carolina.

Jesusito se vió rechazado por los soldados del

piquete, y por un momento quedó sin saber darse cuenta de lo que acababa de pasar. Volvió en sí, y no pudo menos de sentirse abatido, hasta desear también la muerte. ¿Qué valía él, humildísima criatura, contra el tremendo poderío de los franceses? Impotente y humillado, tenía que presenciar como se llevaban á aquellos presos sin poder hacer por ellos lo más mínimo.

¡Oh! Y ¡qué hermosa le pareció aquella joven á quien habían llamado Carolina! Había producido en su ánimo una impresión que jamás había experimentado. A la luz de la hoguera encendida delante del pelotón habíala podido ver perfectamente: era morena, con unos ojos negros muy grandes, una expresión muy dulce, una cara como la de la Virgen de la Soledad; con una basquiña blanca y una mantilla negra; delgada, la voz suave. ¡Y pensar que quizás iban á matarla aquella noche! ¡Pensar que al oír alguna de las descargas que incesantemente resonaban en el Prado y el Retiro volaría al cielo el alma de aquella niña!

De pronto Jesusito, sin saber lo que se hacía, salió á la calle de Alcalá, distinguió á lo lejos el pelotón y siguiólo.

El piquete, con los presos, se detuvo delante de la Casa de Correos, y desapareció luego bajo su portal.

—Ahora los llevarán ante la comisión,—murmuró Jesusito.—¡Dios quiera que se apiaden de ellos!

Como retenido allí por un imán, no pensó Jesusito en que debía retirarse, en que no había visto aún á su madre, que estaría muriéndose de angustia por ignorar su suerte. No pensaba en que podía despertar sospechas ver en la Puerta del Sol, ocupada solamente por las tropas francesas, á un leguito, que nada tenía que hacer allí. Nada de eso se le ocurría, sin saber él mismo por qué se había quedado en aquel sitio.

De vez en cuando veía algún caballero, personaje de hupa sin duda, entrar en la Casa de Correos, después de abrirse paso no sin dificultad entre el retén apostado al pie de la fuente de Mariablanca. Estremeciase Jesusito al oír las descargas del Prado y un sudor frío bañaba su frente al pensar en Carolina.

Un movimiento de un piquete de caballería le obligó á cambiar de sitio, teniendo que retirarse á la calle del Carmen para dejar pasar aquella

fuerza, mientras lo cual vió salir de la Casa de Correos un pelotón que tomó por la Carrera de San Jerónimo.

—Son hermanos á quienes van á fusilar,—murmuró.—Voy á ver si estarán ellos.

Apretó el paso y llegó á tiempo de distinguir el grupo. No iba ninguna mujer.

—Soy tonto,—pensó.—Ellos han entrado de los últimos, y en todo caso serían de los últimos también. Todavía tengo tiempo de llegarme á casa y dejar allí este maldito sayal que me estorba grandemente.

Encaminóse, pues, precipitadamente á su casa, calle de San Agustín, viendo que en las bocacalles del Príncipe y del Prado había emplazadas sendas piezas, que de vez en cuando disparaban, mientras que en la plaza de Santa Ana un fuerte retén se entretenía en fusilar las paredes de las casas. Así, en efecto, lo había dispuesto Murat, acordándose de lo hecho por su cuñado en París cuando las jornadas de Vendimiario. Aquellos terribles estruendos en medio del silencio de la noche contribuían poderosamente á llenar de pavor á una población hartamente aterrada.

XV

—¡Madre!

—¡Hijo de mis entrañas!

Un largo silencio reinó después de estas palabras. Jesusito no había tenido esta vez que llamar á ninguna puerta. Toda la noche había estado su madre abalanzada al balcón, después de haber preguntado en vano á todo el mundo por el paradero de su hijo. Su madre, con admirable instinto, había adivinado de lejos la silueta de su hijo, corriendo á abrirle.

En breves palabras explicó Jesusito á la buena mujer lo que creyó conveniente revelarle, callándose, empero, lo de las tres muertes de casa de don Salvador.

—¡Cuántas gracias debemos dar á Dios, hijo mío, de que no te haya sucedido ninguna desgracia!—exclamó la pobre madre.—Ahora, vamos, cenarás algo, y en seguida á acostarte.

—Madre, imposible. He venido únicamente á darle á V. un abrazo, pero he de volverme en seguida. D. Salvador me ha mandado estuviera al momento de vuelta.

—¡Irte!—exclamó la madre con terror.

—Sí; pero antes me dará V. otro vestido. Este no me serviría ya, porque me han visto demasiado con él.

—Pero ¿ha perdido el juicio D. Salvador al mandarte que estando las calles llenas de peligros te vuelvas para allá? No lo pienses, Jesusito: no te vas.

—Me he de ir, madre; pero yo le prometo á V. que mañana, de mañana, volveré por aquí. Sin duda debe necesitarme D. Salvador para algo urgente cuando me ha ordenado tal cosa.

—¡Ay, hijo de mis entrañas! No sabes tú la angustia en que vas á dejarme. ¡Dios mío de mi alma! En una noche como esa irse ahora á la calle de San Andrés...

—Vamos, madre. No hay que tener ningún cuidado por mí. Y, ahora, voy por la ropa.

El joven sacó de un cofre su ropa de las fiestas, vistiósela en un momento, mientras lo cual probó un bocado, y despidiéndose apresuradamente de su madre fuése de su casa.

Oyó entonces dar las diez en el reloj de San Sebastián. Encaminóse con rápido paso á la Puerta del Sol y esperó la salida de nuevos pelotones de víctimas.

Salieron, en efecto. Y ¡cómo no habían de salir! Pero ninguna de las veces vió Jesusito á los que buscaba. Un débil rayo de esperanza comenzaba á infundirse en su corazón. Quizás se librarían de la horrible suerte. ¡Oh! Ciertamente que los franceses no serían tan salvajes como todo eso para arcabucear á una joven tan linda como Carolina. Y puede que aunque fuese cierto que había matado á un cazador de caballería, allí mismo, en la Puerta del Sol, cuando aquella terrible brega que vió él desde la calle de la Montera, no, no la fusilarían. Las mujeres inspiran siempre mucha lástima.

Lleno de aliento Jesusito, sintióse capaz de todo. Vió que un señor muy bien vestido se dirigía hacia la Casa de Correos y atrevióse á detenerle.

—¿Quién es V.?—preguntó el caballero, que era joven y parecía por la cara ser una excelente persona.

—Yo, señor, soy un pariente de una joven llamada Carolina, que se han llevado de la calle del Barquillo y está ahora en la Casa de Correos. Si usía quisiera hacerme el favor de enterarse de si la dejan ir pronto en libertad...

—¿Carolina me ha dicho V.?

—Sí, señor. Su padre tiene una fragua en la calle del Barquillo.

—Bueno: me enteraré, y si me aguarda V. por aquí le diré algo así que salga.

—¡El cielo le pague á V., señor, esta buena obra! Paseábase Jesusito lleno de agitación esperando volver á ver al digno señor á quien se había dirigido. ¿Irían, en efecto, á soltarla? Porque ello es que ahora hacía rato no salía ningún nuevo pelotón. Sólo se oían los cañonazos y la fusilería de dentro de Madrid, pero no aquellas horrosas descargas

del Prado. Quizás no habría ya más ejecuciones.

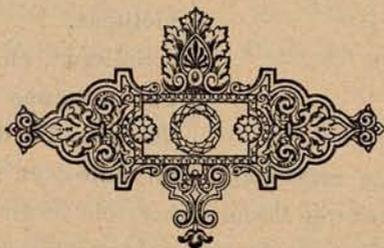
Media hora tardó en salir el caballero. Jesusito corrió hacia él y dijo:

—Mi buen señor: ¿ha averiguado V. algo?

—No: nada. La comisión ha suspendido su tarea, y hasta mañana no volverá á reunirse. No creo haya muchas más ejecuciones.

—Mil gracias, señor.

El caballero contestó atentamente al saludo del monago y tomó apresuradamente por la calle Mayor, mientras que Jesusito se volvió á su casa esperando que rayase el alba.



CAPÍTULO IV

El Tres de Mayo

I

TODA la noche se pasó en terrible zozobra por los vecinos de la coronada villa. La infernal idea de Murat de mantener viva la alarma con las descargas y cañonazos en las calles surtió perfectamente su objeto. Reinaba el terror en todos los ámbitos de la capital.

Tristemente amaneció el nuevo día, sin que se interrumpiera el fúnebre silencio que por doquier reinaba. Ninguna campana dió sus ecos al viento para llamar al templo; ningún ruido de carretas, ningún grito de vendedores turbó la quietud.

Jesunito estaba ya en la calle al rayar el alba: fuése en seguida á la Puerta del Sol y esperó que á lo mejor vería salir libres á los hijos de Geromo. A eso de las siete salió un piquete de mamelucos y un batallón de fusileros, en medio del cual vió un grupo. El corazón estuvo para volcársele. A través del grupo veíase resaltar la blancura de una basquiña.

Iba á gritar y la voz se le anudó en la garganta. Después respiró. El batallón no iba por la Carrera: había tomado por la calle Mayor. No era, pues, el camino del Prado ni del Retiro. Pero ¿á dónde llevarían á los presos?

Siempre en pos de la fuerza, vió cien veces burradas sus suposiciones. Por fin llegaron á la Montaña del Príncipe Pío y se detuvo junto al palacio de aquel prócer.

Jesunito, casi exánime, vió cómo el grupo de prisioneros se adelantaba, empujado á culatazos por los fusileros, hasta quedar arrinconado junto á las tapias del jardín.

Desde el sitio donde se hallaba distinguía perfectamente á algunos: Carolina, atada con su hermano; dos forzudos chisperos, destrozado el traje y negra aún de pólvora la cara; un fraile, un caballero anciano. El resto, en número de quince ó veinte, no pudo verlo. Sólo, sí, pudo distinguir tres ó cuatro mantillas. Los franceses no tenían compasión de las mujeres.

En esto oyó lastimeros gritos y ruido de precipitada correría. Un grupo de gente venía por el Campo del Moro: sin duda parientes de los que iban á morir.

No tuvieron tiempo de ver nada. Una descarga tres veces repetida, entremezclada de horribles ayes, acabó con los desdichados. Después oyóse el batir de los tambores y la fuerza se retiró, regresando por el camino que siguió á la ida.

El grupo que venía se cruzó con el batallón, y una mujer, una anciana, adelantándose hacia el jefe del batallón, gritó con terrible acento:

—Oye, tú, lo que digo, cobardón, infame. ¡Mueran los franceses! ¡Muera Napoleón! ¡Viva Fernando VII!

—*¡C'est une folle!*—exclamó desdeñosamente el jefe volviéndose á su gente.—*Laissez-la.*

El batallón se fué alejando, extinguiéndose lentamente el eco de los tambores, y el grupo llegó junto á la tapia, á cuyo pie yacían veintitrés cadáveres, custodiados por algunos mamelucos.

II

—¡Quién te había de ver así, palomita de mis

entrañas!—gritaba una mujer abrazándose al cadáver de una joven, acribillado á balazos y en cuya cabeza veíanse tres profundos agujeros.—¡Vida de tu madre! ¡Pobrecilla de mis entrañas!

Y la pobre anciana, con su dolor locuaz, no cesaba de prodigar á aquellos tristísimos despojos las más tiernas caricias, cual si pudiesen ser oídas.

Jesunito, incapaz de hablar, sintiendo sobre su



...hasta quedar arrinconado junto á las tapias del jardín.

cabeza como una losa de plomo y en sus sienas como si le dieran martillazos, habíase arrodillado ante el cadáver de Carolina, caída de un lado, agujereada por las balas la frente y acribillado á balazos el pecho.

El pobre muchacho quería llorar, pero no tenía lágrimas. Sentía una cosa que no podía explicarse. Parecía que no se diese cuenta de nada. Probablemente muchas locuras deben empezar de una manera como lo que pasaba en el interior de Jesunito.

Por fin volvió en sí y vió á unas cuantas mujeres y á unos ancianos que lloraban, las unas á grito herido, entregándose á los mayores arrebatos de desesperación; los otros con ahogados gemidos. Los mamelucos, como avergonzados, habíanse retirado á larga distancia, dejando que aquella gente pudiera exhalar á rienda suelta sus lamentos, mezclados con maldiciones y amenazas.

Así pasaron largas horas. Jesunito y los demás que habían acudido á la Montaña parecían estar clavados allí. Relevábanse los centinelas, pero no

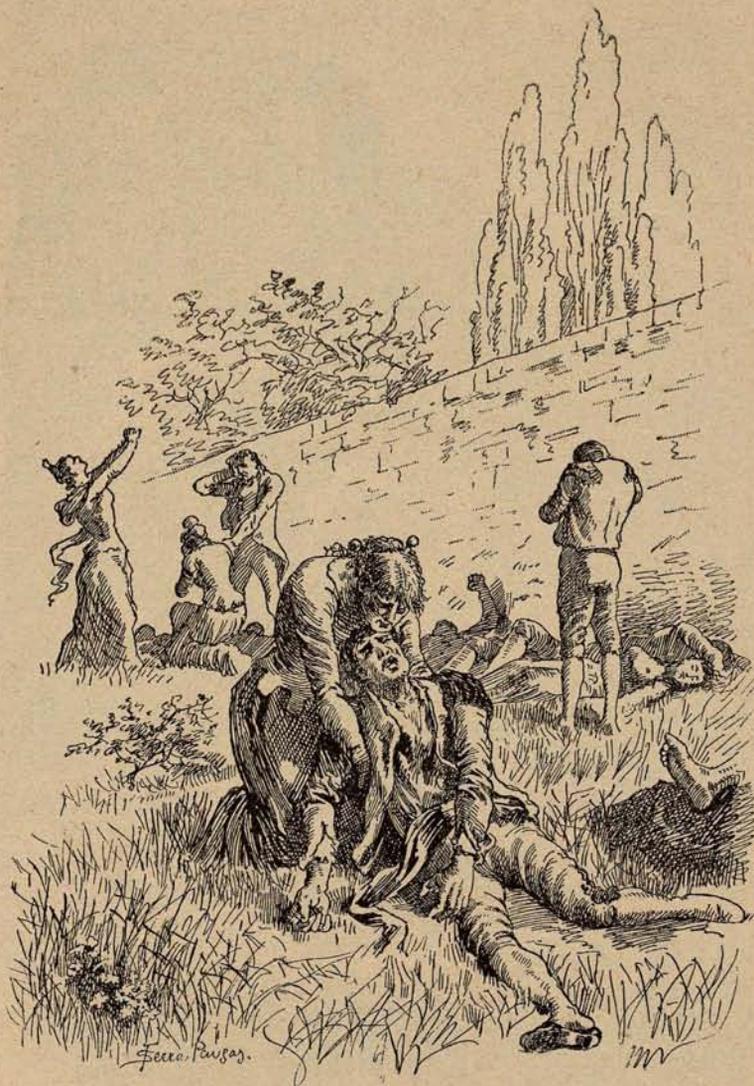
se relevaban los que hacían compañía á aquellos muertos.

El monago habíase puesto de rodillas junto al cadáver de Carolina y no se separaba un momento de su lado. No se le había ocurrido tocar siquiera

aquel inanimado cuerpo con la punta de sus dedos: sentía como una especie de sagrada veneración.

De pronto, sin advertir que lo hubiese pensado, oyó brotar de sus labios esta frase:

—¡Habéis muerto por la patria!



—¡Quién te había de ver así, palomita de mis entrañas!...

Un momento después levantábase bruscamente, como si se hubiese verificado en su interior un completo cambio.

—Eso debía haber hecho yo también,—murmuró; —pero no me faltará ocasión.

Parecióle que se había quitado de encima un peso enorme. Respiró con fuerza y arrodillóse de nuevo.

—¡Carolina!—murmuró.—¡Cuán pocas horas te he conocido en este mundo!

Entonces la cogió una mano, fría, rígida, y la regó con sus lágrimas. El torrente, hasta entonces comprimido, rompió con fuerza, y el pobre chico

estalló en sollozos, mezclados con acentos de rabiosa ira.

Oyóse el galopar de un caballo. Volvieron el rostro todos los presentes y vieron á un oficial, que, una vez hubo llegado á corta distancia del grupo, encarándose con los que lo formaban, dijo:

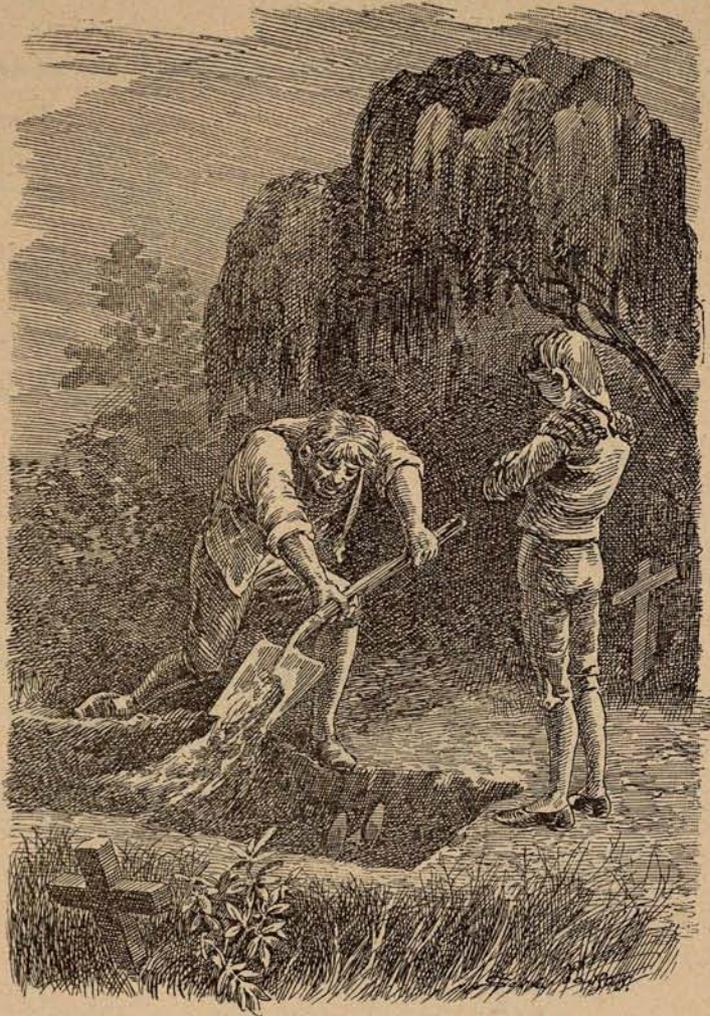
—Llevaos esos muertos y enterradlos en la Moncloa. Ese puesto debe quedar libre. Allí encontraréis ya los sepultureros.

A aquellas palabras renovóse el triste gemir y sollozar de los que lloraban á las víctimas. Poco después aparecieron veinte ó treinta hombres con algunos bayartes y fueron colocando en ellos los

cadáveres, desapareciendo hacia la Moncloa y volviendo al cabo de un rato por otros. Al llegar la vez á Carolina ayudó Jesusito á levantarla del suelo, empapándose las manos en la sangre pegada á los

cabellos de la desdichada niña, y pidió le dejaran llevar las andas de detrás.

Era la hora de ponerse el sol. El cielo estaba puro, la tierra cubierta de verdor. Una mariposa blan-



... desapareció de su vista bajo las paletadas de tierra.

ca revoloteaba en torno del cadáver de Carolina.

La fúnebre comitiva llegó toda por fin. Veíanse en tierra los veintitrés cadáveres. Los sepultureros no habían concluido aún de ahondar todas las fosas. Reinaba hondo silencio.

Algunas pobres mujeres rezaban, respondiendo á coro á una de ellas.

Comenzaron los enterramientos. Cada cadáver que desaparecía en lo hondo de la hoya era acompañado de desgarradores gritos ó de ahogados sollozos.

Dos sepultureros acercáronse al cadáver de Carolina y dijeron á Jesusito:

—Puede V. despedirse.

Jesusito, lívido el semblante, apretó con fuerza la mano de la muerta y murmuró:

—¡Adiós!—Y siguióla hasta el borde de la fosa.

Un momento después desapareció de su vista bajo las paletadas de tierra.

El último en ser sepultado fué su hermano. Jesusito le cogió también la mano y exclamó:

—¡Adiós! ¡Sólo he de vivir para vengarte!

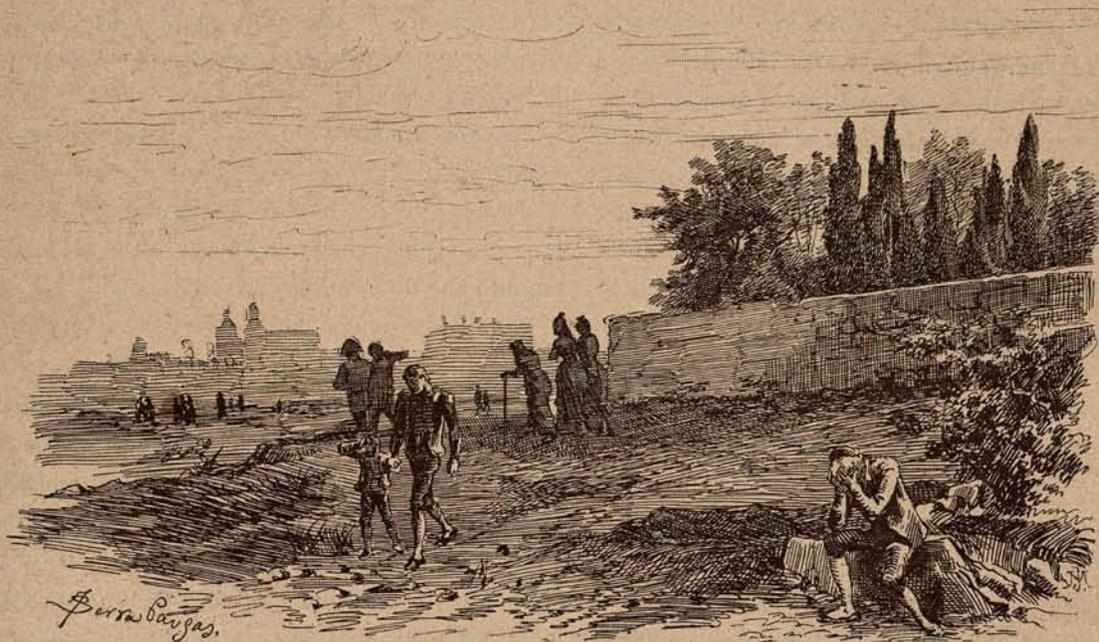
Ya anoecía. Los que habían acompañado á las víctimas hasta el último momento retiráronse si-

lenciosamente, disipándose en la oscuridad como fantasmas.

III

Mientras el pobre Jesusito pasaba todo el día al lado de las víctimas fusiladas en la Montaña, ocurrían en Madrid notables acontecimientos. En las esquinas, y con fecha del día 2, aparecía un bando

salvaje de Murat, escrito en francés, ordenando el fusilamiento de cuantos habían tomado parte en *la revolte*; el desarme de *la ville* y el fusilamiento de los que fuesen encontrados con armas ó las conservasen sin permiso especial; la dispersión *à coups de fusil* de todo grupo de más de ocho personas; la quema de todo pueblo en que fuese asesinado un francés y el fusilamiento de los que repartiesen proclamas. Además, se hacía responsables á los



...disipándose en la oscuridad como fantasmas.

amos de sus criados, á los padres de sus hijos, y á los superiores de los conventos de sus religiosos. Es decir que Murat publicaba el bando cuando ya estaba cumplido y más que cumplido. Así había mantenido el gran duque de Berg la palabra dada al salir la Junta á restablecer la paz. ¡Buen rey les esperaba á los españoles, pues á Murat se le había metido en la cabeza que Napoleón le *nombraría* rey de España!

Reinaba el terror en la coronada villa, aquel terror que los napoleónicos sabían producir como nadie, y aprovechando la ocasión mandó salir al infante D. Francisco. ¿Quién había de oponerse ya? La tropa seguía inmóvil en los cuarteles y el paisanaje no tenía armas. Murat, sin embargo, no contaba con una cosa, y era que en los mismos momentos en que mandaba fijar en las esquinas de Madrid un bando digno de ir firmado por Nerón, pro-

pagábase por toda España, como un reguero de pólvora, cierta proclama que decía así: «*La patria está en peligro. Madrid perezce victima de la perfidia francesa. Españoles: acudid á salvarle.—2 de mayo de 1808.—El alcalde de Móstoles.*»

Un alcalde de monterilla había de hacer repercutir en todos los ámbitos de la Península el grito sublime lanzado por Daoíz, Velarde y Ruiz en el Parque de Monte León. Móstoles, una población de mala muerte, una aldea de gañanes, declaraba la guerra á Napoleón *el Grande*. Locura, demencia, risible quijotada, y, sin embargo, el porvenir había de decidir la contienda y Napoleón *el Grande* había de quedar vencido á los pies del pobre alcalde de Móstoles, clarín de guerra que despertó á un pueblo valiente entre los valientes y encarnó en un supremo instante la augusta majestad de España.

IV

Al volver de la Moncloa habíase ido Jesusito para su casa, donde estuvo algún tiempo conversando con su madre, y se había encaminado luego á la casa donde moraban los misioneros franciscanos. Las terribles escenas que presenciara desde su salida de aquel lugar habían trasformado por completo su expresión, sombría ahora, profundamente triste y pensativa.

Temblaba á la idea de encontrarse en presencia de Geromo. Comprendía que no tendría valor para disimular el horrible fin de sus hijos, y deseaba, por otra parte, verle, hablarle, para compartir con él aquel dolor que le produjera la muerte de Carolina; dolor en cuyo origen no acertaba á reflexionar; dolor vehemente, hondo, insondable, pero cuya causa era para él un misterio. Otro había de ser el que le demostrara que lo que había sentido por Carolina era una pasión que se llamaba amor, tronchada al punto de su inesperado surgimiento.

Así que llegó á la casa fué Jesusito conducido en seguida á presencia del padre guardián, que le esperaba con ansia, pues temía no le hubiese acaecido algún percance.

—¡Jesusito!—exclamó el digno superior al ver la consternación pintada en el semblante del adolescente.—¿Qué ocurre? ¿Ha habido alguna desgracia en la familia?

—No, á Dios gracias, reverendo padre,—respondió.—¡Otros son las que han de llorarlas!

—¿Quiénes, pues?

—El pobre Sr. Geromo, el herido.

—¡Dios de misericordia! ¿Qué ha ocurrido?

—Han fusilado á sus dos hijos. Yo lo he visto.

—¡Horror!

—A su hija y á su hijo. Yo estaba allí, padre. ¡Ah! ¡Jamás podré olvidar aquello!

Reinó triste silencio en la celda. El plácido rostro del padre guardián había tomado una expresión amenazadora, mientras que Jesusito, abstraído y meditabundo, parecía no tener en cuenta que estuviese allí.

—No le digas nada aún,—dijo de pronto el padre guardián.—La espantosa nueva podría matarle. Pero eso no puede quedar así, ¡vive Dios! ¡Ah, canallas! ¡Ah, infames! ¡Ah, necios, que os habéis figurado que vais á imponernos vuestra voluntad!

Habéis hecho que tengamos que acordarnos del día 2 de mayo. Pues haremos que os acordéis vosotros de muchísimos días más. ¡Fieras! ¡Fieras! ¡Fieras!

Paseábase el guardián á grandes pasos por la reducida celda. Echaban fuego sus ojos.

—¡Así se asesina á la gente! ¡Así se asesina á las mujeres! ¿Y para eso os llenáis la boca con los nombres de vuestras decantadas victorias? ¡Canallas! Pero no sabéis dónde os habéis metido. No sabéis que España es un avispero. ¡Ay del que quiere meter la mano! Y, aún, un avispero no es nada, pero muchos matan con sus picaduras á un gigante. ¡Os habéis de acordar, por Cristo vivo!

De pronto, volviéndose á Jesusito, exclamó bruscamente:

—Anda; vete á ver al teniente; pero al Sr. Geromo ni una palabra de lo ocurrido. Ya te avisaré yo cuando has de hablar.

El monago obedeció, y fué para las habitaciones ocupadas por los dos heridos.

No es preciso ponderar la ansiedad con que le esperaba Arjona. Jesusito le enteró del resultado de su encargo, callándose todo lo referente al desgraciado fin de los hijos del herrero. Lo que hubo que notar fué que, al ponerle Arjona un par de onzas en la mano, Jesusito no hizo la menor demostración negativa, contentándose con dar las gracias con un ligero signo de cabeza y guardándolas cuidadosamente.

—¿Quiere usía nada más de mí?—repuso al disponerse á salir.

—Nada por hoy,—respondió Arjona.—Si acaso no vacilaría en molestarte nuevamente.

Fuése luego el pobre chico hacia la celda de Geromo. Era su palidez tan grande que hubo de llamar la atención del valiente chispero, que con el más vivo interés le preguntó por su familia.

—Buena, buena,—respondió con tono brusco el monago.—Todos buenos. Vi á Carolina y á su hermano y les dije lo que me encargó V. Y, ahora, claro está, no vienen porque ya comprenderá V. que no les es posible ignorando donde está V. escondido. Pero, claro, ya vendrán. ¡Pues no han de venir!

—¿Es decir que no ha ocurrido novedad en casa?

—Ni pizca. Allí se están los dos tan campantes.

—¡Cuántas gracias he de darle á Dios! Mira, yo creo que lo mejor sería irse para allá; porque, vamos, está visto que no hay nada que temer.

—¿Irse para allá? ¡Imposible!—exclamó con vehemencia Jesusito.

—¿Por qué dices eso?—repuso incorporándose vivamente el herido.—¿Por qué no podría ir?

—Porque está V. herido,—respondió el monago tratando de hablar tranquilamente.—Así; pues, si le viesen á V. así se alarmaría la niña.

—¡Ah! Pues si es por eso, vamos, veo que tienes razón. Y ¿qué tal? ¿Cómo está Madrid?

—¡Oh! Magníficamente: como una balsa de aceite. Esta mañana han acabado de fusilar á los que quedaron de ayer, y por ahora todo parece haber entrado en caja.

—¡Pobrecitos!

—Mucho que sí. ¡Si V. lo hubiese visto como yo!

—¿Qué has visto?

—Como fusilaban á los de ayer.

—No sé si hubiera tenido tanto valor. chiquillo, ó si hubiera podido contenerme.

—Sí: han fusilado unos veintitrés allá en la Montaña del Príncipe Pío.

—¡Veintitrés!

—Como ayer fusilaron tres ó cuatrocientos, no quedaban muchos para hoy.

—¡Fusilaron tres ó cuatrocientos! ¡Y pudo permitir Dios esta carnicería!

—Ya ve V. si la permitió. Pero hay quienes dicen que no se ha acabado todo aún. En fin, veremos.

—¡Hay que vengar esas muertes, y España no consentirá que los gabachos asesinen á los hijos de Madrid sin que deban pagar cara su atrocidad! El corazón me dice que pronto habremos de ver muchas cosas, Jesusito, y para entonces..

—Pues para entonces, Sr. Geromo, ya sabe V. que me basto y sobro para matar mamelucos.

—¡Ah! Ya les daremos, Jesusito; ya les daremos á esos asesinos.

—¡Lo que será tarde, Sr. Geromo! ¡Pues si V. supiera!

La conversación quedó en este momento interrumpida por un lego que fué á avisar al monaguillo era hora de retirarse del convento. Jesusito se despidió de Geromo, y el pobre chispero quedó de nuevo á solas, agitadísimo por la noticia de las ejecuciones que le había noticiado el chico.



CAPÍTULO V

Después del drama

I

SÓLO quedaba en Madrid el serenísimo infante D. Antonio Pascual, presidente de la Junta Suprema, *hombre cruel, de muy poco talento y luces*, como decía de él con admirable perspicacia la reina María Luisa, y estorbábale á Murat á pesar de que hubiera hecho con él lo que con un monigote. Hizo, pues, que le metieran miedo, y como el hombre andaba escamadísimo, no se hizo de rogar para irse con la música á otra parte, indicando que se marcharía de tapadillo en la madrugada del siguiente día, 4 de mayo, en una silla de posta de la duquesa viuda de Osuna. Aquella águila caudal no quiso despedirse á la francesa, y así es que pudo legar á la posteridad el siguiente *documento*, dirigido á D. Francisco Gil de Lemus, como vocal más antiguo de la Junta.

«Al señor Gil.

»A la Junta, para su gobierno, la pongo en su noticia como me he marchado á Bayona de orden del rey, y digo á dicha Junta que ella sigue en los mismos términos como si yo estuviera en ella.

»Dios nos la dé buena.

»A Dios, señores, hasta el valle de Josafat.

»Antonio Pascual» (1).

¡Ese gerifalte es el que Fernando VII había dejado al frente de la nación española! Parecía solamente entonces un *hombre de poco talento y luces*, pero el tiempo se encargó de demostrar que era todavía más cruel que corto de alcances.

Apenas hubo salido de Madrid aquel señor D. Antonio que sabía poner tan bien la pluma, cuando Murat reunió á algunos individuos de la Suprema, y sin andarse en chiquitas les manifestó que era preciso presidiera él aquel cuerpo; pretensión que pasaba de todo límite y que fué rechazada con la mayor energía por el honrado Gil de Lemus, hasta que por fin tuvieron todos que ceder. Pesó mucho á la gente tan vergonzosa condescendencia; pero ¡cuál no sería el asombro de los madrileños al encontrarse, tres días después, con una proclama de Carlos IV (en quien Fernando VII había abdicado en Bayona) dando cuenta del decreto por el cual nombraba á Murat lugarteniente del reino! Aun así había quienes no se avenían á reconocer la legitimidad del nombramiento; pero hubieron de acabar por rendirse á la evidencia al recibirse en la Junta un oficio de Fernando participando la renuncia hecha en su padre y la necesidad de que se obedeciese á lo que dispusiera éste.

La villana Junta conformóse desde entonces en quedar convertida en esclava de Murat. Habían re-

(1) Textual.

cibido aquellos miserables dos órdenes de Fernando: la una confirmando á la Junta poderes ilimitados y la otra ordenando al Consejo de Castilla convocase Cortes; y convinieron en que no debían obedecerse, pues eran de fecha del 5 y la renuncia del 6; como si la renuncia fuera válida, siendo arrancada por fuerza y entregada oficialmente, cuando las dos órdenes que decimos le habían sido entregadas confidencialmente, por conducto secreto y por mano de persona de toda confianza. Acordóse, pues, no aceptar en manera alguna los poderes y abstenerse de comunicar al Consejo de Castilla la orden de convocación á Cortes; pero no bastaba aun esto para acabar de llenar de oprobio á aquellos innobles traidores. Recordará el lector que se había determinado nombrar otra Junta Suprema fuera de Madrid para, en caso de falta de libertad, asumir las facultades de la de la corte. Pues bien: la Suprema lo suspendió. Con todo, no hay mal que por bien no venga. Después de haber expedido Fernando los dos decretos que mencionamos más arriba, entróle un miedo horrible por si se ejecutaban, aterrado por si Napoleón llegaba á descubrir que había sido por orden suya. Así, pues, la villanía de la Junta sirvió admirablemente al asustado discípulo de Escoiquiz.

Terminemos esta relación de escándalos y asquerosidades diciendo que al día siguiente de haber nombrado Carlos IV lugarteniente de su reino á Murat abdicaba la corona en Napoleón I, siendo recompensado por Bonaparte con una pensión vitalicia y la vivienda gratis en no recuerdo qué palacio.

II

Ya tenemos á Murat dueño de la situación, ínterin llegaba la hora de que recibiese el desengaño del siglo al ver que su amo nombraba rey de España á otro. Claro veía el gran duque de Berg que amenazaba un terrible nublado, y, en consecuencia, tomó las medidas necesarias para acabar de debilitar al ejército español y estar á la mira de cualquier intentona que se tramara. Había en Madrid dos regimientos suizos de los cuales recelaba, y mandó fuesen á incorporarse con Dupont. A los cuatro batallones de guardias españolas y walonas y á las dos compañías italiana y americana de guardias de corps dió orden de que fuesen á reunirse con Mon-

cey. Había en Galicia 3,000 hombres y dispuso se embarcasen para Buenos Aires. A la escuadra española mandada por Salcedo, que estaba fondeada en Mahón, la ordenó se hiciese á la vela para Tolón; viaje que afortunadamente no pudo realizarse. La división española acantonada en Extremadura recibió orden de pasar á San Roque. Además de esto, envióse á Castaños, comandante general de dicho campo, un comisionado que explorase su ánimo. En cuanto á la capital, levantáronse formidables trincheras en el Retiro, convertido en ciudadela, amontonando allí dentro inmenso número de víveres y provisiones.

III

Tocaba ya á su fin el mes de mayo cuando manifestó D. Gabriel que los heridos podían darse ya de alta, habiendo curado perfectamente uno y otro. Sin embargo, y más sin duda por cumplir con un rutinario deber que por convicción y verdadero modo de sentir, creyóse en el caso de recomendar la quietud, etc., etc. Bien claro se veía, sin embargo, que ni Arjona ni Geromo habían de sujetarse á sus prudentes advertencias. Ardía el teniente en ansias de ver á Teresa, á la cual había enviado algunas cartas por conducto seguro, y no menos impaciente se hallaba el pobre chispero por ir á abrazar á los suyos, ignorante aún de lo que les había sucedido.

—El teniente,—habiale dicho el padre guardián.—tiene en Madrid buenos amigos que le prestarán hospitalidad; pero V., señor Geromo, no puede en manera alguna volver por ahora á la calle del Barquillo. Lo mejor será que vaya V. á instalarse en casa de Jesusito, y allí podrán venir á verle sus hijos.

Dejóse convencer el buen hombre y esperó con anhelosa impaciencia el momento de salir del conventículo.

No era ya á la sazón Madrid el pueblo aterrado del 2 y el 3 de mayo. Las caras, en vez de expresar el hondo abatimiento de aquellos días, mostrábanse radiantes, y los ojos miraban con mayor altivez aún que odio á los franceses. ¿Y cómo no, si á cada momento llegaban las más consoladoras noticias? Asturias, la primera, habiase levantado en armas, acaudillados los patriotas por el marqués de Santa Cruz del Marcenado, D. Manuel Miranda y el ca-

nónigo Llano Ponte, al grito de ¡*Muera Napoleón!* ¡*Muera Murat!* ¡*Viva Fernando VII!* El procónsul había enviado allá al afrancesado conde del Pinar, golilla harto desgraciadamente conocido por sus malas entrañas, y al poeta Meléndez Valdés, para que sofocasen el alzamiento; pero pudieron dar gracias á Dios por poder salvar el pellejo. Y era indudable que á no tardar toda España secundaria el movimiento de Asturias, y que el ejército, saliendo

al fin de su forzada pasividad, acabaría por adherirse al movimiento nacional.

En Madrid no podían disimular su inquietud los héroes de la Puerta del Sol, del Prado, del Retiro y la Montaña. Parecía que se mantuviesen á la defensiva y no inquietaban ahora al paisanaje. No fué, por lo tanto, muy difícil á los dos perseguidos combatientes del Parque salir del convento sin verse incomodados. Arjona se vistió de paisano con la



—El teniente tiene en Madrid buenos amigos...

ropa que le proporcionó D. Gabriel, y Geromo quedó transformado en maragato. Aguardaron, para mayor seguridad, que hubiese cerrado la noche, y se despidieron de los buenos padres con la promesa de no olvidar jamás lo que les debían.

Mientras el pobre chispero endereza sus pasos á la casita de la calle de San Agustín, sigamos á Arjona, que, palpitante de emoción, se dirige apresuradamente á la morada de su adorada Teresa, prevenida ya de su próximo regreso.

¡Cómo describir la escena al verse de nuevo los dos enamorados! ¡Al fin había cesado aquella horrorosa incertidumbre en que se encontraba la condesa á todas horas, aquel temor sin término, aquel llorar sin fin! Y Arjona ¡qué no sentía al estrechar ahora contra su corazón á aquella mujer que era su

ídolo, y á quien tanto había hecho sufrir desde el infausto día en que tuvo que abandonarla apenas en poder suyo!

—¡Ah! ¡No me abandones más, bien mío!—exclamaba la condesa.—Huyamos de Madrid, á un lugar escondido, donde nadie nos conozca y podamos permanecer eternamente unidos. ¡Si supieses lo que he sufrido en estos días! Cuando me dijeron que estabas herido, creímelo primero, pero al momento me asaltaron los más horribles pensamientos. Desmayé encerrado en su cuartel y no era posible hacer llegar hasta él ningún aviso. El abogado Liria nada sabía tampoco. Por fin, al cabo de cuatro mortales días pudieron hablarle al capitán y aseguró que no se había dado ningún parte en que figurase tu nombre. ¡Oh qué alegría cuando por fin vi

letra tuya! Pero ahora olvido ya todas mis angustias: estás aquí, te tengo conmigo. ¡No quieras, bien mío, entristecerme haciéndome pensar si vas á dejarme otra vez sola!

—No, amor mío, no. Me has de tener á tus pies siempre, adorándote, jurándote que te amaré mientras aliente; jurándote que has sido, eres y has de ser el único amor de mi vida. ¡Teresa de mi corazón! Y mira: nos iremos de Madrid, sí: á un pueblo, lejos, lejos. Allá en la hermosa Andalucía está mi casa. ¡Allí serás la gentil señora y yo tu esclavo.

En tales pláticas pasaron las horas de la noche. No podía darse cuenta Teresa de la felicidad que experimentaba. D.^a Bernarda, que no volvió hasta las oraciones, ignoraba por completo el huésped que tenía en casa, ó por lo menos pareció haberse vuelto repentinamente sorda. La buena mujer no tenía, en efecto, motivos para otra cosa, pues el abogado Liria, á una indicación de Arjona, habíale remitido á la condesa una buena talega de relucientes peluconas, de cuya efigie había podido coleccionar algunas la apreciable vecina de la calle de Válgame Dios.

Sólo se nubló el rostro de Teresa cuando al anocheecer del siguiente día le manifestó Arjona que tenía precisión de salir un momento. Teresa no se opuso, sin embargo, contentándose con rogar al teniente no tardase mucho en volver.

Media hora después llabama Arjona en casa de Geromo.

IV

Hallábase Geromo atribulado con los cuentos que le refiriera su huésped. Su hijo y Carolina habían tenido que ausentarse de Madrid por evitar que les molestase la policía: habíanse ido á Alcázar de San Juan, pueblo que les había indicado el monago, donde tenía unos parientes, y sería preciso esperar unos días para irse allí.

—Ya ve V., señor D. Ramiro: cuando la suerte se empeña en perseguir á un hombre... ¡Cátate ahora con que esos chicos, más llenos de miedo que yo de plata, se me van de casa y me hacen esperar Dios sabe cuántos días á darles un buen abrazo! ¡Ingratos! Bien podían haber aguardado un día más.

—Pronto les verá Geromo,—respondió el tenien-

te tratando de sonreír.—¡Padrazo como tú! Pero ¿qué tal? ¿Qué se cuenta, Jesusito?

—Todo va bien, mi teniente. Casi no quedan oficiales ni soldados en Madrid: todos se largan. Hoy se han ido una compañía de dragones de Lusitania y otra del regimiento de España y, no crea V., en masa y por la puerta de Toledo. Pero lo bueno ha sido lo que ha pasado en Alcalá de Henares. ¿No sabe?

—No. ¿Qué ha pasado?

—Pues que el comandante Veguer se marchó ayer de allí con toda su gente, más de cien zapadores, la caja, las banderas, los pertrechos y los tambores, y échele V. un galgo.

—Me parece muy bien, y le envidio á D. José Veguer su audaz arranque, realizando un acto casi á las puertas de Madrid. Será menester que hagamos también algo nosotros.

—Alto, alto, señor D. Ramiro. Yo no le sigo á V. á ninguna parte como no sea á la Mancha, á reserva de no pasar de Alcázar.

—Bueno, hombre. Quién sabe si será preciso ir por allá. Y ahora, basta por hoy. Prudencia, Geromo. No salgas de aquí. Ya nos veremos dentro de dos ó tres días y te diré entonces si nos vamos todos á la Mancha ó si te vas tú solo.

Despidióse Arjona de sus dos amigos, dejando encomendado á Jesusito que le avisara si ocurría cualquiera novedad, y volvió al lado de Teresa, á quien se le hacían horas los minutos que tardaba en abrazar á su amado.

—Pronto nos ausentaremos de Madrid, mi adorada prenda,—dijo el teniente pasada la primera efusión;—sí, no tardaremos mucho en vernos libres, sin temor á que nadie nos descubra.

—¡Qué felices seremos entonces, Ramiro de mi alma! Me parecerá que vuelva á nueva vida así que deje esta triste morada y pueda dilatar mi vista en el azul del cielo.

Tres días permaneció Arjona encerrado en casa, sin separarse del lado de Teresa. Hablaban á veces del conde del Carrascal, de quien sabían era de los más furibundos afrancesados, habiendo dispuesto Murat á última hora que, en vez de acompañar á D. Antonio Pascual, quedase en Madrid por si convenía emplearlo en alguna comisión semejante á las confiadas al conde del Pilar y á Meléndez Valdés. El conde poseía vastas haciendas en Extremadura

y era de suponer ejerciese allí grande influencia. En cuanto á lo que decían de él los dos enamorados no era, como ya se comprenderá, para halagarle mucho caso de haberles podido oír. Teresa hablaba de él con horror, jurando que mil veces se mataría antes que volver á su casa ó dejarse conducir á su presencia; y en cuanto á Arjona, si bien se mostraba algo más circunspecto, bien dejaba entrever sus poco tranquilizadoras miras respecto á él, si por acaso algun día se topaban á solas.

V

Ya en esto había comenzado el mes de junio. Arjona, que hasta entonces no había vivido más que para Teresa, creyó que no podía aplazar más su promesa de pasar por casa de Jesusito; pero antes quiso, no sin acariciar cierta idea que le bullía por la mente, ir á visitar al padre guardián, principalmente con objeto de enterarse de las últimas noticias. Salió, pues, al anochecer y dirigióse á la calle de San Andrés.

No pudo ser más cariñosa la acogida que le dispensaron; pero lo que sobre todo le llenó de alegría fueron las noticias que le comunicó el padre guardián: sabíase con toda seguridad que además de Asturias estaba también Galicia levantada en armas, y lo mismo Sevilla, y Granada, y Badajoz, y Valencia, y Cartagena, y Murcia, suponiéndose sucedería á no tardar lo mismo en las dos Castillas, Cataluña y las Baleares. En todas partes habíanse formado juntas provinciales, y el pueblo se apresuraba á alistarse en los regimientos y á suministrar armas, pertrechos y dinero.

—Ayer mismo salieron para León D. Gabriel y D. Salvador, disfrazados de hortelanos,—dijo el padre-guardián.—¡Quiera el cielo evitarles todo mal encuentro!

Estas palabras claváronse en el corazón de Arjona como si le hubieran dado en él un espolazo. ¡Ellos ya en el campo y él todavía en Madrid! Despidióse, pues, apresuradamente y fué sin dilación á casa de Jesusito.

Recibióle con alguna frialdad los dos amigos, no ocultándose de manifestarle que habían extrañado su larga ausencia; pero el teniente no les dejó acabar.

—Mañana á las seis nos ponemos en marcha para

Andalucía,—dijo interrumpiendo á Geromo, que era el que más machacón estaba.

—¡Qué sorpresa!—exclamó Jesusito.

—Ya sabéis que Sevilla se ha levantado contra Napoleón; pues allí iremos.

—¡Magnífico!—exclamó el buen Geromo. Así podremos ir juntos hasta Alcázar de San Juan ¡Ay! ¡Gracias á Dios! Por supuesto que yo me quedo allí, D. Ramiro; por de pronto no hay que venirme con que les siga á Vds. En todo caso, tiempo quedará para ver después lo que se hace.

—Sí,—respondió algo confuso Arjona;—te quedarás en Alcázar de San Juan, Geromo. Pero vamos á disponer ya desde ahora la marcha. Hay que buscar á un arriero de confianza para que nos procure un carro con dos buenos mulos, lo mejor acondicionado que se pueda. Se compra sin reparar en el precio.

—Yo me encargo,—dijo Geromo.

—Tu y Jesusito os vestís de arrieros y me esperaréis pasado el puente de Toledo: yo estaré allí al poco rato. Por si ó por no, en manera alguna llevéis armas ni las ocultéis en el carro. Podrían registraros, y, además, espero que no nos faltarán.

—Se hará como usía dice,—replicó Geromo.

—Nada más. Ahí va para comprar el carro y los vestidos.

—No es preciso,—dijo Geromo;—al arriero á quien he de ver le basta mi palabra.

—Bueno, pero puede que se muera él ó nos muramos todos de aquí que volvamos á vernos. Arregla eso, y hasta mañana.

Arjona dejó un bolsillo sobre la mesa y volvióse á casa como si se hubiese descargado un gran peso de encima. Ya la voz de su conciencia no podría acusarle de olvidar á la patria por Teresa.

VI

No se le ocultó á la condesa del Carrascal la alegría de que estaba poseído su amante, y hubo de preguntarle si había recibido alguna grata noticia.

—Sí, ciertamente: mañana partimos, mi bien. Se ha ofrecido una ocasión excelente y he pensado que no hacía mal en aprovecharla. Sólo que será preciso que disimulemos un poco. ¿Te disgustaría cambiar tu traje por el de manola?

—Por el que tú quieras lo cambiaré, Ramiro. ¿Qué me importa?

—Pues en este caso no hay más que decirle á D.^a Bernarda haga el favor de verse esta misma noche con Rafaela, la recadera, y la compre un vestido cualquiera de los que usa. Salimos mañana al salir el sol y será menester que lo tengas para entonces.

—Así se lo diré al punto esté de vuelta.

—En cuanto á mí, cualquier chispero me dejará su ropa. Saldré un momento hasta la calle del Barquillo, y ya verás con qué herrero tan tizado vas á encontrarte.

Abrazóle Teresa, y al cabo de un rato salió el teniente para donde había dicho. Entró en una fragua, y, al reconocerle, el dueño exclamó con alegría:

—¡Oh señor D. Ramiro! ¡Tanto bien por mi casa! Pues mire usía, á la verdad, le contaba á V. en el purgatorio.

—Pues ya ves, Toribio: vivo estoy. Pero vamos á lo que importa: necesito que me des el traje con que vas á las corridas.

—Está á la disposición de usía, D. Ramiro.

—Gracias, Toribio. Y ahora, ya que es así, voy á ponérmelo aquí mismo.

No tardó el herrero en volver con su mejor traje. Arjona cambiólo con presteza por el suyo y satisfizo al maestro lo que éste le pidió: una onza. Era barato ciertamente, pero no quiso admitir más; y aún, al ver que Arjona dejaba allí sus ropas, quería devolverle la pelucona.

—No, Toribio: tienes demasiada familia para poder hacer esos regalos,—dijo el teniente.—Y ahora buenas noches, y hasta más ver.

—Dios le conserve á usía la salud, señor don Ramiro. Y... diga V.: ¿qué se sabe del pobrecito Geromo? ¡Infeliz!

—El desgraciado no sabe aún la suerte que les ha cabido á sus hijos. Estaba herido y no era prudente que recibiera la horrible impresión que le hubiera causado la noticia; pero cuento que no han de pasar muchos días sin que sepa por fin toda la verdad.

—¡Pobre Geromo!

—Se portó como un valiente, Toribio. ¡Quién sabe si oirás hablar de él dentro de poco! Pero se hace tarde. Adiós, y gracias.

El teniente salió de la fragua y, convertido en gallardísimo chispero, se fué para su casa, no can-

sándose Teresa de decirle que era el más guapo mozo de la corte, así llevase el uniforme de guardia de corps, como vistiese el traje de la gente del Barquillo.

VII

Aun no amanecía cuando ya estaban prontos á salir la improvisada manola y el chispero. Teresa entró en el cuarto de D.^a Bernarda y despidióse de ella, dejándole un grato recuerdo de su estancia en aquella casa. De bracero la gentil pareja fué siguiendo por las calles, casi desiertas á aquella hora, desviándose de las principales para no llamar la atención. Cruzaron por la Plaza Mayor, y por fin, bajando por la calle de Toledo, vieron que estaba ya abierta la puerta, por la cual salían numerosos carros, después de dejar las hortalizas en la plazuela de la Cebada.

Nadie les preguntó que á dónde iban: conocíase que el servicio de los franceses se hacía ahora con mucha flojedad. Madrid daba poca inquietud por ser tanta la que ocasionaban las provincias. Además no tenía nada de particular que dos manolos se fuesen á dar una vueltecita por el campo á aquella hora matinal y con un tiempo tan hermoso.

Pasado el puente, vieron detenido en la carretera un carrito entoldado, y junto á él dos arrieros, uno viejo y otro joven, hacia los cuales se dirigió sin vacilar Arjona.

—Buenos días,—exclamó.—¿Os hemos hecho esperar mucho?

—Ni dos minutos,—repuso Jesusito.—Pero ¿sabe usía que nadie acertaría fuese V. aquel señorito tan peripuesto?

—Don Ramiro está hecho á tratar con nuestra gente, y sabe cómo ha de hacerse para parecer un hijo de Lavapiés ó del Barquillo,—repuso Geromo.

—Bien, bien; pero subamos ya, y andando.

Instaláronse Teresa, Arjona y Jesusito en el interior del carro, y Geromo, con las zurriagas, colocóse al lado del vehículo, haciendo restallar la tralla. Arrancó pausadamente el carro, y andando, andando, pernoctaron aquella noche en Getafe.

Ningún lance de interés ocurrió aquel día ni en los dos siguientes. Nadie sospechaba de los viajeros, que decían ir á Daimiel á pasar el verano en casa de sus padres. No así al tercer día, en que lle-

garon á Quintanar de la Orden. Al detenerse el carro en el parador, hubo de llamarle la atención á Arjona ver un grupo de carabineros reales. Acercóse y preguntó á uno de ellos:

—¿Está en el pueblo ahora el capitán?

—Y ¿qué te importa á ti? — respondió con arrogancia el interpelado.

—Puede que me importe algo, carabinero. Conque... diga V.: ¿dónde está el jefe?

—Búscalos y lo encontrarás.

—Bueno: lo buscaré, ya que V. se empeña; pero no obra V. bien en hacerme perder tiempo.

—Paisano, — repuso un carabinero; — dejadle á ese: el capitán vive en la calle de San Francisco, que es la primera á mano derecha, delante del cuartel. Preguntad por el capitán Alcántara.

—¡Ah! ¿Está aquí el capitán Alcántara? — exclamó Arjona sin poder disimular su alegría. Y sin esperar contestación tomó el camino que le habían indicado, haciendo de paso á Teresa seña de que volvía pronto.

Llegado á la casa, encontróse el disfrazado militar con que la guardia no le permitió la entrada. No se alteró, sin embargo, el visitante, contentándose con decir:

—Pásenle Vds. recado de que el teniente Arjona desea verle al instante.

No le volvió la contestación el soldado que llevara el encargo, sino el mismo capitán Alcántara, que después de vacilar un momento, reconociendo por fin al teniente, le abrazó con efusión.

—Vamos: hemos de hablar, — dijo Arjona.

Condújole el capitán á su despacho y repuso Arjona:

—Pero ¿qué estás haciendo aquí?

—¡Cómo qué estoy haciendo! Pues ya ves: morir-me de aburrimiento en este pueblo de todos los diablos.

—Y ¿no te parece harías más falta en otra parte?

—¿En otra parte? Pero si tengo orden de no moverme para nada de aquí.

—¿Orden de quién?

—Del ministro de la Guerra, del general O'Farril.

—El general O'Farril es un traidor.

—¡Arjona! ¿Te has vuelto loco?

—Ningún oficial pundonoroso deja de ir á incorporarse á las fuerzas levantadas contra los france-

ses. No es aquí donde debe estar un oficial digno. Es preciso que al momento salgas.

—Pero ¿tú te has vuelto loco? ¿Qué estás diciendo?

—¡Cuánta ignorancia! ¡No lo creería á no conocer desde niño tu formalidad! Pero ¿no sabes que Sevilla y Badajoz están en insurrección contra los franceses? ¿Ignoras que se ha obligado por la fuerza á D. Fernando VII á renunciar la corona en Carlos IV, y que éste la ha renunciado en Bonaparte? ¿Ignoras que España entera ha lanzado el grito de independencia, por primera vez proferido por Daoíz, Velarde y Ruiz en el Parque de Artillería de Madrid? No quedan ya apenas soldados ni oficiales en la corte: todos cuantos se precian de buenos españoles se presentan á las Juntas. Por eso te digo, capitán Alcántara: ¿por qué no has cumplido aún con tu deber?

—Tus palabras me dejan anonadado, Arjona. Si he faltado ha sido por ignorancia, no por malicia. Pero, gracias á ti, puede resarcirse el mal que haya podido ocasionar. ¡Oh patria! ¡Soy el último de tus hijos, pero nadie me gana en adorarte! Arjona, mis hombres están á tu disposición. Toma tú el mando, y te obedeceremos todos.

—Gracias, amigo mío: tú eres el que manda; y ahora, á Sevilla, á Badajoz, á Cartagena, á Valencia: en todas partes encontrarás quien te reciba con aclamaciones y vítores.

Momentos después los pífanos y tambores tocaban llamada á la carrera, y se presentaba el capitán Alcántara, desnuda la espada, inflamado el rostro, ante sus soldados.

—¡Carabineros! — exclamó con voz vibrante. — ¡El francés nos ha vendido! Intentan arrebatarnos nuestra independencia: quieren que nuestro rey se llame Napoleón Bonaparte y que obedezcamos á lo que nos mande el extranjero. ¡Carabineros! ¿Consentiréis tal vergüenza?

—¡No! — gritaron los soldados.

—Contando, pues, con vosotros, desobedezco las órdenes del infame ministro español que nos tenía aquí reducidos á vergonzosa impotencia. ¡A pelear como buenos, carabineros! ¡A Sevilla! ¡A Sevilla, donde tremola la gloriosa bandera de la patria libre! ¡Carabineros! ¡Viva España! ¡Viva la independencia!

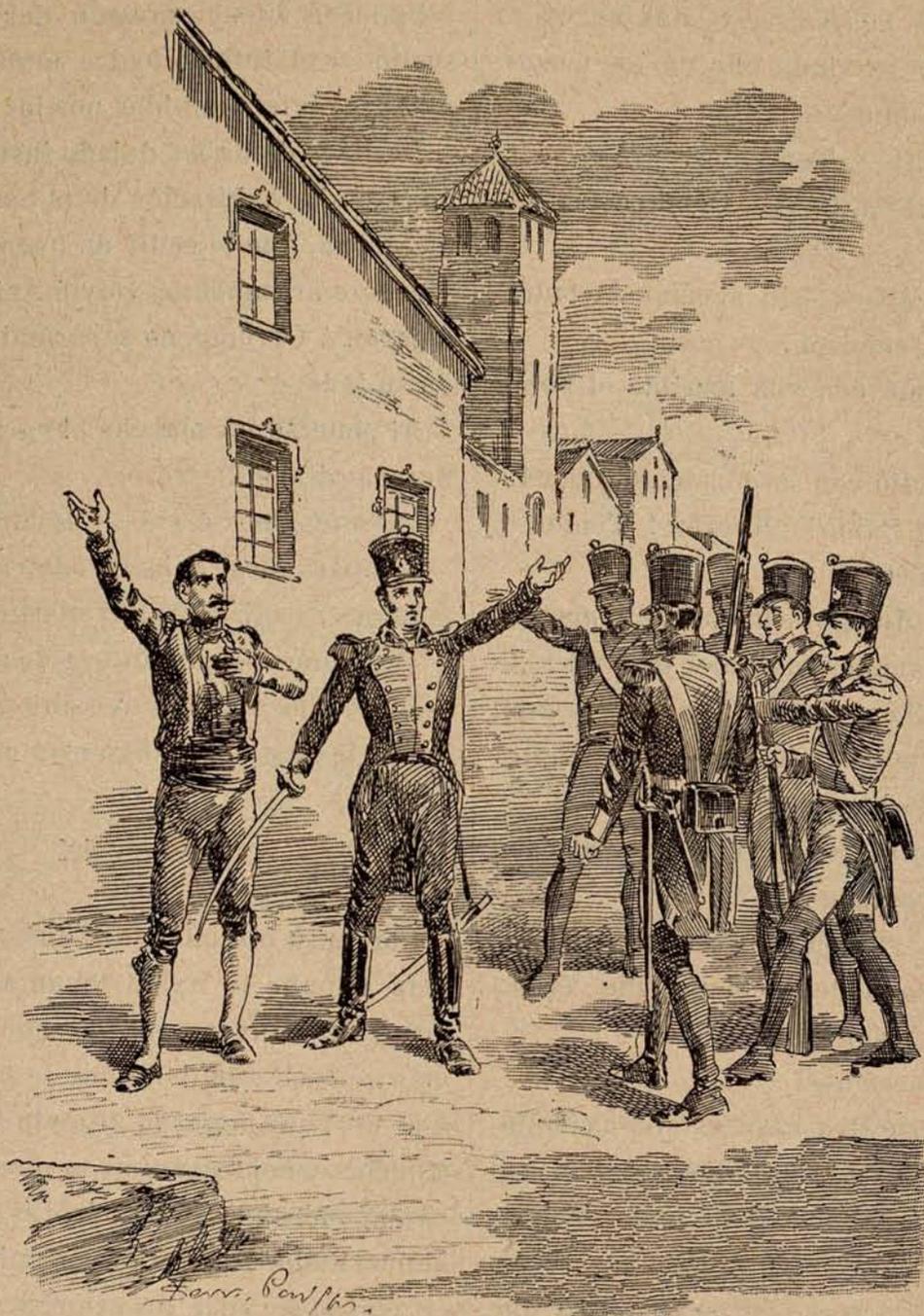
Un enérgico grito que resonó unánime respondió á las palabras de Alcántara.

—No más tardar,—repuso el noble joven.—¡Saludad á ese hombre, á ese héroe que se batió en el Parque de Madrid al lado de Daoíz, Velarde y Ruiz! La compañía presentó las armas, con grave protesta de Arjona; pero no se atrevía á contradecir á

Alcántara, trasfigurado por la ardiente llama que brillaba en sus ojos. Y el capitán, siempre con su voz, que vibraba como un acero, añadió:

—¡Armas al hombro! ¡Marchen!

Batieron los parches, sonaron los pífanos, y la



—¡Carabineros! ¡Viva España!

compañía desapareció á no tardar por la carretera de Andalucía.

VIII

Satisfecho el guardia de corps con el resultado conseguido, entró luego en honda preocupación. Debían pernoctar en Alcázar y habría que revelarle toda la verdad al infeliz Geromo. Una sombra de tristeza vino á nublar la frente de Arjona, radiante

de alegría al ver desfilare de Quintanar á los carabineros reales.

Por fin llegó el temido instante: no era ya posible prorrogar por más tiempo la horrible revelación. Acababan de entrar en el pueblo cuando Geromo dijo á Arjona:

—Si no le incomoda á usía, le pediría que me dejase ir en seguida á ver á mis hijos. Jesusito sabrá por dónde paran.

—Geromo,—respondió el teniente;—es preciso

que antes hable contigo dos palabras. Vente al parador, y allí sabrás lo que te toca hacer.

—¡D. Ramiro!—exclamó el pobre hombre.—¿No están aquí acaso?

—¡Ea! Ya llegamos. Vente conmigo.

Adelantáronse los tres hombres, dejando á la condesa al cuidado de la mesonera, y, una vez en el cuarto que les había señalado uno de los mozos, cerrólo con llave el teniente y dijo:

—Geromo, no me culpes. Ten valor.

—¡Por misericordia, hable V.! ¿Dónde están mis hijos? ¿Dónde están?

El teniente bajó la cabeza, sin acertar á contestar, embargado por la emoción.

—¡Muertos!—exclamó con voz terrible el pobre herrero.

—¡Muertos!—respondió con sordo acento Arjona.

—¡Mi Carolina! ¡Mi Pablo! ¡Muertos! Teniente, me ha engañado V. miserablemente.

—Estabas enfermo. Luego, con tu genio arrebatado, habrías podido cometer cualquier imprudencia en Madrid. Geromo, ¡llora, llora! Y, después, aquí me tienes para hacerte costado siempre, siempre. Geromo, ¡ha llegado la hora de vengarles!

—¿Cuándo murieron?—repuso el padre, al cabo de un momento, bruscamente.

—El tres de mayo,—respondió Jesusito.—Yo les vi fusilar en la Montaña del Príncipe Pío. Yo les ayudé á enterrar en la Moncloa.

—¡Ah! ¡Ladrones, asesinos!

—Cuando llegué á vuestra casa estaba custodiada por los mamelucos. Vuestros hijos estaban con los otros presos, en un pelotón. Aun pude decirles que os hallabais en lugar seguro. Después se los llevaron á la Casa de Correos. Yo no creía ya que los matasen, porque parecía que con los que habían fusilado toda la tarde y toda la noche debían estar ya hartos de sangre. Me engañé: querían más aún; sobre todo sangre de mujer. Al amanecer los sacaron de allí y los llevaron á la Montaña, y ya sabéis lo demás. Ahora, si vos anheláis vengaros, yo lo anhelo también. Lo juré ante sus cadáveres. Y ya sabéis que sé matar franceses.

Procuró el infeliz padre contener las lágrimas que pugnaban por escaparse de sus ojos, pero no pudo más. Aquel dolor, aquel llanto de un hombre que parecía forjado en hierro, enternecían y producían en el corazón la sensación más desgarradora.

—Geromo,—repuso el teniente al cabo de algún tiempo, sin haber osado interrumpir antes aquella explosión de sentimiento;—reza por las almas de las pobres víctimas. Eso te hará bien. Después pensaremos en lo que hay que hacer.

—Tiene V. razón: no he rezado aún.

Salieron silenciosamente del cuarto Arjona y Jesusito, y el infeliz padre arrodillóse, rezando con palabras interrumpidas por los sollozos.

Después de haber dejado instalada á la condesa en la mejor habitación de la casa, la propia de la mesonera, que le cedió de buena gana ante un convincente argumento, volvió Arjona al cuarto donde dejaron á Geromo, no separándose en toda la noche de su lado.

Al ponerse en marcha el carro al rayar la nueva aurora, dijo el herrero:

—No tenemos armas. Cuando menos, un cuchillo. —Y separándose del grupo fué á comprar tres descomunales navajas que se repartieron entre cada uno.

—Y, ahora,—añadió Geromo,—al primer francés que vea, juro á Dios que aun que vayan mil, he de hundirle hasta el mango esta navaja.

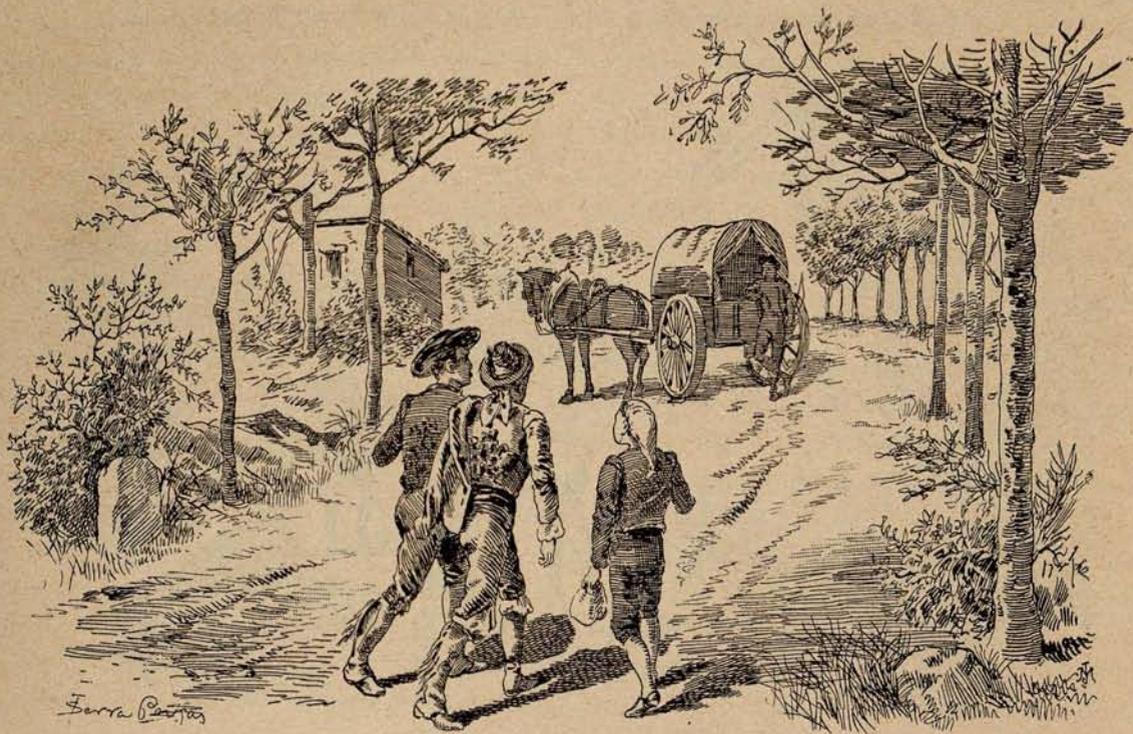
IX

Por muy optimista que fué Arjona al creer que toda España se había levantado contra el usurpador, pudo convencerse de que el movimiento era más general aún de lo que se figurara. Cuando dos días después llegaron los viajeros á Santa Cruz de Mudela, encontráronse con que los vecinos se estaban apoderando de los víveres que allí había dejado almacenados Dupont al encaminarse á Cádiz (según él) por no servirle de estorbo, ya que en el país sobraban los mantenimientos. Aquel general, en efecto, había recibido orden de Murat, como ya dijimos, para ponerse en marcha ¡hacia Cádiz! al objeto de dominar cualquier sublevación que pudiera ocurrir en aquel punto. Llevaba los dos regimientos de suizos de Reding y Preux, la división Barbou, fuerte de 6,000 hombres, 500 marinos de la guardia imperial destinados á tripular los seis navíos franceses anclados en Cádiz (de los cuales se apoderaron los gaditanos), y 2,500 caballos mandados por el general Fresia, formando un total de unos 13,000 hombres.

Una vez penetraron nuestros viajeros en las gar-

gantas de Sierra Morena, quedaron no poco asombrados al encontrar abandonados por sus moradores la mayor parte de los pueblos de la serranía; pero aun fué mayor su sorpresa cuando al llegar á Puerto del Rey se enteraron de que dos días antes, es decir, el 7 de junio, se había librado en el puente de Alcolea un recio combate entre Dupont y las

fuerzas mandadas por Echevarri, jefe del alzamiento cordobés, de cuyos resultados no se tenía noticia cierta aún en aquel pueblo. Mas ¡ay que no tardó en llegar la noticia de la triste realidad, de la cual eran portadores algunos cordobeses que habían podido fugarse de la capital! Echevarri se había visto obligado á retirarse dejando abandonada á Córdoba,



—Y ahora, al primer francés que vea...

Ninguna resistencia había opuesto la sultana de Andalucía á la entrada de Dupont, y, sin embargo, apenas se metieron allí los franceses, entregáronse á tal matanza, á tales desafueros, violaciones y excesos, cuyo horror competía con la asquerosidad, que la pluma se resiste á transcribirlos. Nada se libró de su brutalidad, que los historiadores de allende el Pirineo han tratado de atenuar diciendo que la mayor parte de los soldados de Dupont estaban borrachos. Allí no se respetó nada; allí fueron saqueadas las iglesias y las más pobres viviendas; allí se dió el espectáculo de convertir en burdeles los venerandos templos y de transformar en lagos de vino las bodegas desfondando los toneles; allí se robó todo lo que puede imaginarse, desde los vasos sagrados hasta el modesto relicario de la cordobesa; allí se saqueó lo mismo las arcas de los caudales públicos que la hucha del infeliz labrador; allí ar-

dieron conventos y se dejó en la miseria á la mayor parte de los moradores; y cual si no fuesen aún bastantes tales salvajadas, impúsose una contribución de guerra absurda, imposible de pagar, tanta era su onerosidad. Si Dupont quiso arrastrar á la desesperación á todo un pueblo, si necesitaba que las partidas de guerrilleros y las filas de los regimientos se engrosasen con gente en cuyo corazón cabía solamente el anhelo de venganza, la sed de sangre francesa, no cabe negar que realizó cumplidamente su intención.

X

La noticia de las abominaciones que habían referido los fugitivos de Córdoba, encendió en ira los pechos de los bravos serranos de Puerto del Rey. En un momento estuvieron reunidos en la plaza

cuantos tenían en su poder una arma, y así estaban cuando llegó de pronto á todo correr un mocetón de bravío aspecto que comenzó á gritar:

—¡Al campo! ¡A matar franceses! ¡Mueran los asesinos de Córdoba! ¡Pronto, que andan por ahí y podemos cogerlos!

Aquellas palabras hicieron estremecer de alegría á Geromo. ¡Al fin podía dar rienda suelta al odio que le corroía. ¡Los franceses andaban cerca!

Precipitóse fuera de la posada, y, dirigiéndose al jefe de la partida, dijo:

—Dadme una escopeta.

—No tenemos más armas que las que llevamos. ¿No tienes una navaja?

—Teneis razón: llevo una navaja y me basta.

—Bueno, pero he de advertirte que si te vienes con nosotros, sabe Dios cuándo podremos volver por aquí.

—Ya lo sé, y no me importa nada.



—V. á las filas del ejército: yo con las partidas.

Arjona no juzgó á propósito seguir á la partida en su aventurada empresa por comprender que, en efecto, no sería fácil después volver á Puerto del Rey; cosa que no entraba en sus cálculos, pues su idea era llegar cuanto antes á Sevilla, así para dejar segura á la condesa como para incorporarse á aquel ejército.

—Geromo,—le dijo;—se abre ante ti la existencia del guerrillero. Anda con esos. Yo no puedo seguirte ahora, pero más de una vez habremos de encontrarnos.

—D. Ramiro, tiene V. razón: estoy ya en mi elemento. V. á las filas del ejército: yo con las partidas. Así podremos cada uno hacer lo mejor que sepamos contra los que fusilaron á mis hijos. Dios nos dé ventura.

—Adiós, Geromo,—dijo el guardia de corps.—¡El cielo te acompañe!

—Buen viaje, Sr. Geromo,—replicó Jesusito.—Creo que no me querrá V. mal si me quedo siguiendo á mi teniente.

—Es lo que debes hacer, amigo. Y ahora... ¡á matar franceses!

La partida formada por los serranos de Puerto del Rey y los fugitivos de Córdoba se puso en marcha y no tardó en apostarse en las fragosidades que dominaban un recodo de la carretera de Madrid; lugar indicado por el que había llevado la noticia de acercarse los franceses.

No tardó, en efecto, en divisarse á lo lejos una ligera nube de polvo que indicaba el paso de un convoy. Los serranos prepararon sus armas, esperando con ansiedad la llegada de los carros escoltados por alguna fuerza de infantería. Por fin, estuvieron ya á tiro de fusil.

—¡A ellos!—gritó el jefe.

Los serranos se descolgaron por el bosque en que estaban ocultos, y á mitad de la pendiente hicieron una descarga al convoy, cuya escolta respondió inmediatamente con otra; pero era inútil toda resistencia: un grupo le atacaba al convoy por retaguardia, mientras otro se apostaba al otro extremo para cortar la retirada á los fugitivos.

Geromo, navaja en mano, impaciente por herir, metióse por entre los carros, que encontraba abandonados por sus conductores, habiéndose agolpado todos los soldados á la cabeza de los carros. Iba así recorriendo la línea de los trasportes, cuando de pronto se encontró con una galera de cuyo interior salían voces cuyo sentido no comprendía, pero que parecían ser de mando.

Lanzóse como un tigre al interior y vió sentado sobre un colchón á un general, herido, pero en cuyo semblante veíase pintada la más terrible cólera.

—¡Muere!—gritó Geromo, blandiendo el arma.
—¡Por ti voy á empezar!

—¡*Brigand!*—repuso el general, tratando de defenderse.—¡*Láche!*

Pero nada oía Geromo: no cuidaba de que aquel hombre estuviese herido: el pensamiento de sus hijos le quitaba todo instinto de humanidad. Cayó sobre el infortunado y no le mató de pronto, sino que prolongó su agonía de una manera terrible. ¡Así murió el desgraciado general René!

Entretanto los otros guerrilleros hacían á corta diferencia lo mismo que Geromo, ensañándose con los prisioneros; acción detestable, pero que puede explicarse por la violenta excitación de los que habían sido víctimas en Córdoba de las atroces abominaciones cometidas por el ejército francés. Si la guerra tomaba aquel carácter tan feroz, culpa era de Dupont, no de los españoles.

Terminada su obra, la partida fué á ponerse á las órdenes de Echevarri. Eran gente buena todos ellos, pero aun con eso no tardaron en ver que valía Geromo para matar franceses por cuatro serranos á lo menos.

En cuanto á Teresa, Arjona y Jesusito, continuaron su marcha así que partió Geromo. Como los franceses no podían dejar custodiados los pueblos del tránsito para que no perecieran irremisiblemente, sino que estaban todos ellos reconcentrados en Córdoba, el viaje no ofrecía ningún peligro.

El día que salieron de Bailén pernoctaron en Andújar, donde presenciaron una escena que pintaba bien la terrible excitación de los ánimos. A eso de las diez de la noche penetró en la ciudad, donde por excepción había quedado un destacamento francés, una gruesa partida de guerrilleros mandada por el alcalde de Montoro, D. Juan de la Torre, y atacó á la guardia, matando al comandante y á tres más, y haciendo prisioneros al resto. Andalucía entera hacía suya la venganza de Córdoba.

Salieron nuestros viajeros al siguiente día, y pasando por Aldea del Río y Montoro, encamináronse desde aquí á Castro del Río al objeto de evitar el tener que pasar por Córdoba. Ya desde entonces el viaje no debía ofrecer la menor novedad: toda aquella tierra, desde el Guadalquivir al mar, estaba libre de franceses.

Al llegar los tres viajeros á Sevilla, encontráronse la ciudad en tal estado que bien se hace preciso que demos aquí una ligera reseña de lo que había sucedido. Vamos á trasladarnos, pues, á la hermosa ciudad del Guadalquivir, donde encontraremos antiguos conocidos, y dejaremos por ahora en ella á nuestros viajeros, de cuyas ulteriores aventuras tendrá á su tiempo muy latas noticias el lector.





LIBRO TERCERO

BAILÉN

CAPÍTULO PRIMERO

Sevilla

I

UN día de los últimos de mayo, conocidos ya en toda su horrible magnitud los acontecimientos de Madrid, apareció en las calles de Sevilla un bando, firmado por el corregidor D. Vicente Ruiz Huidobro, imponiendo severas penas á cuantos intentasen alterar el orden público. Formáronse numerosos corros para leerlo, y murmuraban cuantos fijaban los ojos en el despreciable pasquín oficial.

En la plaza de San Francisco era grande la multitud. Estaba á aquella hora concurridísima de soldados, empleados y alguaciles. Oíanse agudos dichos de la gente macarena, burlándose de la alocución. Proferían otros sordas amenazas, pero ninguno osaba más.

De pronto salió del grupo un hombre del pueblo, y, acercándose al papel, lo arrancó, lo arrojó al suelo y lo pisoteó.

—¡Así lo haré con los que lo cumplan!—exclamó dirigiendo su mirada á la multitud.—¡Pardiez, que es muy donoso lo que pasa aquí! Nadie quiere hacer nada por la patria. Os estáis aquí mirando y charlando y entretanto Dupont se nos viene encima para arrebatarnos la religión, la patria, el honor y la vida. ¿Vosotros sois españoles? ¿Vosotros queréis que os restituyan á vuestro rey? ¿En qué se

conoce en Sevilla la caída de Godoy? Todo el norte está en armas. Asturias ha sido la primera que ha declarado la guerra á Napoleón. La Coruña y Galicia toda, Santander, Segovia, Logroño y otras ciudades, no han temido la proximidad de las tropas enemigas para levantarse con denuedo. León y Valladolid lo han hecho ya también, obligando al general Cuesta á escoger entre la horca ó el patriotismo. Palencia, Ciudad-Rodrigo y Zamora se han unido al alzamiento. Pero Sevilla... ¿qué hace? ¿qué pruebas da de mirar con ira el dominio extranjero? Hoy mismo el clero se ha negado á prestar unos cuantos pesos para la insurrección, y lo mismo algunos señorones. ¿Puede esto seguir así? ¿Quién más obligados que vosotros á dar el ejemplo? ¡Sevillanos! ¡Mueran los franceses! ¡Viva la religión! ¡Viva la patria!

Una inmensa aclamación acogió las palabras que aquel hombre había dirigido á la muchedumbre con enérgico ademán y potente voz.

—¡Preparaos!—exclamó.—¡Acudid á las armas cuando oigáis el toque que os lo anuncie!

—¡A las armas!—respondieron los circunstantes de la plaza.

Al rumor de aquellos gritos huyeron los emplea-

dos y la gente apocada. Los soldados se unieron á los patriotas, y no cesaron hasta muy tarde los *vivas!* y *¡muéras!*, no quedando la ciudad en silencio hasta que tocó la queda.

¿Quién era aquel personaje extraordinario que de tal manera arrastraba á las masas populares? ¿Quién era aquel joven de varonil belleza, alto, pálido, gallardo, de azules ojos y bigote leve, de tan madura reflexión, pintada en su semblante que más que de treinta años parecía propio de la edad en que la cabeza manda en el corazón?

Era NICOLÁS TAP Y NÚÑEZ, el gran patriota, el que de niño había conocido todas las amarguras de la suerte, la víctima de Godoy, el audaz aventurero que se labra una fortuna en América para recobrar la que le había robado un francés; el asombroso conocedor de todos los secretos, de todo lo sucedido en el mayor misterio; profeta, visionario, alma grande, brazo de hierro, corazón de oro. Era Nicolás Tap y Núñez, que desde que llegó á Sevilla la primera noticia del 2 de mayo había estado conspirando, trabajando, perorando, formándose un partido formidable; aquel que las viejas de Triana creían ser el mismísimo San Fernando redivivo, el que había jurado dar por su patria su fortuna, sus alientos y su vida.

II

Al dar en el reloj de la Giralda las once de la noche, entraban en la venta del Blanquillo, fuera de la puerta de la Barqueta, quince hombres de aspectos y edades diferentes.

Habían salido todos de Sevilla por distintos puntos, recatándose de ser vistos y esquivando los *¡quién vive!* de los centinelas colocados en los diferentes baluartes.

Fueron luego siguiendo el camino que corre á orillas del Guadalquivir, bajo las frondosas arboledas, y así llegaron uno en pos de otro á la venta mencionada.

El ventero, sentado á la puerta, cual si tomara el fresco al resplandor de la luna, dirigía de lejos la misma pregunta á cada uno:

—¿Quién?

Aproximábase entonces el visitante y decíale al ventero otra palabra al oído. Así fueron entrando todos.

La sala en que se reunieron los nocturnos paseantes estaba situada en el fondo de la casa. Había pegadas en las paredes imágenes y gozos de varios santos, y colgado de un clavo un cuadro de ancho marco con los retratos de Fernando y su esposa María Antonia de Nápoles. Una larga mesa cubierta con blanquísimo mantel, bancos, un reloj de pared contemporáneo de Carlos V, y en un ángulo una gigantesca tinaja árabe llena de fresca agua, eran el principal ajuar, que completaban infinitas jaulas de canarios y jilgueros, sujetas en alambres fijos en las vigas. Recorrian la sala tres ó cuatro tortugas, una de ellas de tamaño enorme, y exhalaba, el aposento, fuerte olor á benjuí.

Los quince reunidos eran: Nicolás Tap, Méndez, el soldado Fuentes, los notarios de la curia, D. Antonio Esquivel y D. Juan Ayús; un sacerdote, don Juan Serralde, antiguo oficial de artillería; varios sargentos del regimiento de caballería de Olivenza y el conde de Tilly.

—Gracias por todo, hermanos y amigos míos,—dijo levantándose Tap.—Convenía que nos volviésemos á reunir antes de emprender la revolución gloriosa que nos ha de librar de la deshonra en que vivimos. Sin reyes y sin órdenes de nadie que legalmente pueda darlas, estamos sufriendo el yugo de la Junta madrileña que nombró el asesino del Dos de Mayo, ese gran duque de Berg, desahuciado de la corona de España. Bien sabéis que hace tiempo he venido trabajando incesantemente para alentar á los pueblos. Dios ha coronado mis esfuerzos. A mi voz se levantará todo el reino de Sevilla. Contad con cuantos paisanos puedan empuñar las armas. Castaños es de los nuestros también, con sus 9,000 soldados, y de Gibraltar nos mandarán cuantas armas y municiones tengamos que menester. Diga ahora cada uno lo que ha conseguido.

—Dios bendecirá nuestra causa,—exclamó el sacerdote con solemne entonación.

—En él confiamos, padre,—repuso D. Juan Ayús.—Rogad sin cesar porque nos preste su santa ayuda. Nada conseguiríamos si nos faltasen las oraciones de las almas buenas como la vuestra.

Era Ayús hombre de unos cincuenta años, de grave y noble continente, dechado de generosidad, rectitud y discreción, lleno de virtudes, exaltado en su amor á la patria, modelo de formalidad, hombre de entera confianza, dispuesto á arrostrarlo

todo para libertar á España, resuelto á perecer en la demanda.

En suma, un gran carácter al servicio de una gran causa.

—No es menester que digáis lo que habéis hecho, D. Juan,—exclamó Nicolás.—Sin vos no hubiera conseguido nada; y lo mismo digo de ti, Esquivel.

Esquivel, también notario de la curia, había sido amigo de la infancia de Nicolás. Tendría unos treinta años. Era un verdadero tipo sevillano, decididor, alegre, ocurrente, bullicioso, de carácter vivo y audaz, impresionable, harto confiado y poco precavido, á causa de su misma sencillez y lealtad.

Fuentes se levantó y dijo:

—El escuadrón de voluntarios de España está comprometido.

A su vez Serralde tomó la palabra para manifestar que se apoderaría de las baterías.

Tilly participó que se habían adherido á la causa los vecinos de su barrio, y los sargentos de Olivenza añadieron que su regimiento secundaria la revolución.

—Debemos nombrar de entre nosotros un triunvirato,—dijo Tilly.

—No es preciso,—repuso Tap.—Todos pensamos de igual manera.

—Creo que conviene que haya una dirección superior,—dijo Serralde.—Propongo á Tap, á Ayús y á Esquivel.

—Basta uno,—dijo Ayús.—Sea Nicolás Tap nuestro comandante, y juremos obedecer cuanto nos mande mientras todo vaya enderezado á la libertad del rey Fernando y á la más grande exaltación de la fe de nuestros mayores.

El anciano sacerdote tomó el crucifijo, y con patriótico entusiasmo preguntó:

—¿Juráis todos fidelidad á nuestro amado rey el señor D. Fernando VII, odio al tirano emperador Napoleón Bonaparte y guerra al gobierno de Madrid, que nos deshonorra y envilece? ¿Juráis obedecer las órdenes de vuestro comandante?

—¡Sí, juramos!—respondieron todos con enérgico acento.

—Si así lo hicierais, Dios y la patria os lo premien y si no os lo demanden. Adiós, hijos míos,—repuso;—el cielo oirá la voz de este pobre viejo que sólo le pide morir viendo á España libre y dichosa.

Lo restante de la noche pasó en preparativos para el alzamiento. El conde de Tilly hizo algún reparo temiendo no se llevasen las cosas con demasiada precipitación.

—Vuestro hermano,—contestó secamente Tap,—por pertenecer á la reunión del Obispado se trataría poco con Dantón. Yo, en cambio, le conocí y oí que decía en casos como el presente:—*Audacia, audacia y siempre audacia.*

Al amanecer salieron de la venta los conjurados y entraron en Sevilla por grupos, como habían salido la noche anterior.

III

Era la tarde del día 26 de mayo, festividad de la Ascensión.

Sonaron las siete en el reloj de la catedral.

Tap y Méndez se dirigieron al puente de San Diego, donde encontraron á Esquivel y Ayús que les estaban aguardando.

Había con ellos diez y seis hombres bien armados con trabucos. Dos de los reunidos llevaban unas banderas plegadas.

Eran todos, al parecer, gente escogida, de bríos y empuje, acostumbrada á los peligros y á los golpes de mano. Cualquiera, y más al considerar que llevaban cuatro caballos, les hubiera tomado por contrabandistas disponiéndose á hacer un alijo.

—Buenas noches, camaradas,—dijo Nicolás.—Cuento con vosotros, hombres esforzados, para acometer una empresa que á todos nos ha de proporcionar honra y provecho. Hay depositado un contrabando de mucho valor en el cuartel de carabineros, y con vuestra ayuda y la de algunos soldados pienso sacarlo de aquel sitio. Para engañar á los soldados y sorprenderlos, llevamos estas banderas. En marcha, pues, y sabed que el premio que os espera es mucho mayor del que podéis imaginar.

La partida se puso en movimiento y llegaron á las casillas del Pedroso, en cuyo punto Tap y Núñez mandó hacer alto. La luna ostentaba su diafanidad en el horizonte, testigo silencioso de la grande hazaña que iba á emprenderse y de la cual, por el pronto, dependía la suerte de España.

Reflejaban á la luz de la luna los cañones de los relucientes trabucos. Pusiéronse los cuatro caballos

detrás á corta distancia, y los dos abanderados enarbolaron sus insignias, que flotaban al viento de la noche.

—Esperadme aquí,—dijo Tap,—y haceos fuertes hasta que yo vuelva de celebrar una entrevista con los espías del cuartel. Ayús queda encargado del mando entretanto.

El misterioso jefe se adelantó á pie hacia el cuartel. Fuentes estaba aguardando impaciente desde una ventana. Cuando estuvieron puestos al habla, Tap le dijo muy quedo:

—Fuentes, anda corriendo á preparar los tuyos. Yo voy á atacar de improviso en este instante mismo al cuartel. Tiende la vista por esos alrededores y verás cómo me sigue el pueblo entero de Sevilla.

—Ataque V., sin miedo,—contestó Fuentes.—Yo y los míos estamos dentro y ¡voto á Dios que ó no queda uno vivo ó hemos de vencer! La puerta estará cerrada.

Tap regresó á la explanada, donde tenía situada la fuerza, y con enérgico y entusiasta acento exclamó:

—¡Amigos y hermanos míos! Si el deseo de llevar á cabo un acto de valor os ha traído aquí, no me dejaréis cuando os diga que la empresa que vamos á acometer es más alta y generosa. ¡Camaradas! El motivo del combate que tal vez vamos á empeñar, es el honor de España, la religión de nuestros padres, la independencia de nuestra patria. De vosotros depende que la victoria corone esta grande obra. Seguidme, seguid esas banderas, emblema de nuestra santa causa. Jurad todos vencer ó morir en la demanda.

—¡Viva España! ¡Viva la religión! ¡Viva el rey!—contestaron todos, poseídos de entusiasmo.

En aquel momento dieron las nueve en el reloj de la catedral.

—¡Marchen!—gritó Tap.

IV

Al frente de la partida dirigióse hacia la puerta del cuartel, que no estaba cerrada, según le había avisado Fuentes, sino de par en par abierta.

No decayó su ánimo por este contratiempo, ni tampoco al ver formada en el zaguán la guardia de prevención con las armas al hombro: era ya tarde para retroceder.

—¡Adentro!—gritó con voz de trueno. Y diciendo esto precipitóse, arrollando á un sargento que quiso detenerle.

Detrás de él venían Ayús y Esquivel.

Entonces observó con dolor profundo que los diez y seis temerones sevillanos que le habían ofrecido hasta el sacrificio de sus vidas, habían vuelto valerosamente las espaldas al primer asomo de peligro. No por eso perdió la serenidad, revelándose en él con tal motivo las cualidades que tenía de insigne capitán, sino que, figurando que volvía atrás como para dar órdenes á los que huían, y que el presuroso correr de los fugitivos era diligencia para cumplirlas, entró de nuevo en el cuartel con una bandera en la mano, y, plantándola en el centro del patio, gritó con arrebatador entusiasmo:

—¡A las armas, soldados del escuadrón de España! ¡El rey, la patria y la religión necesitan vuestros brazos! ¡A las armas todo el que de leal se precie! ¡A las armas!

Aún no había pronunciado la última palabra cuando el patriótico triunvirato vióse rodeado de todo el escuadrón de España.

El valiente soldado Fuentes acercóse á Tap y le dijo:

—Mi comandante: todo el escuadrón está á la disposición de V. ¿Qué es lo que V. ordena?

Tap dictó acto seguido algunas importantes prevenciones.

—¿Qué hace Olivenza?—preguntó inquieto á los sargentos de dicho cuerpo.

—A última hora la fuerza se ha mostrado indecisa, mi comandante,—repuso uno de ellos.

—¿Así se cumple con lo jurado?—exclamó Tap.—¿Esos son los soldados que tan amantes se mostraban del trono y de la salvación de la patria? Responderán con su vida de las consecuencias de su defección. No es la hora presente propicia á encender una lucha fratricida, pero los indignos jefes que de tal manera se niegan á secundar nuestros esfuerzos recibirán el pago merecido. ¿Ni uno siquiera de vosotros siente en su pecho el generoso aliento de unirse á los que vamos á pelear por el rey y por la patria?

Once soldados de Olivenza corrieron entonces hacia Tap, rogándole los admitiera.

—¡A caballo!—mandó entonces el denodado adalid de la independencia.

El brillante escuadrón emprendió la marcha hacia Sevilla.

Centelleaban al fulgor de la luna las hojas de los aceros, y resonaban en el silencio de la noche el trote de los caballos, el marcial ruido de las armas y las voces de mando de los oficiales. Alegre vocerío salía de las ordenadas filas y todos sentían en su pecho batir las alas del ángel de la victoria.

En los primeros momentos hubo en la fuerza sublevada el natural desorden, pero al poco rato restableció Tap la disciplina y los vínculos de la obediencia, considerando como su principal lauro el de haber verificado aquel incomparable alzamiento sin desgracias que llorar ni delitos que castigar.

A las once de la noche los clarines de la caballería anunciaban á la ciudad la entrada de las fuerzas libertadoras, recibidas con loco entusiasmo por el pueblo.

Pocas páginas registra nuestra moderna historia tan gloriosas y consoladoras como las del levantamiento de Sevilla contra la usurpación francesa: por eso hemos descrito lo que ocurrió, sujetándonos á la más rigurosa verdad histórica, siguiendo la narración que de aquel inmortal rasgo de amor patrio han hecho los más ilustres publicistas españoles, contentes en admirar como á un héroe sin miedo y sin tacha al gran patriota Nicolás Tap y Núñez.

V

El lucido escuadrón atravesó calles y plazas y llegó frente al cuartel de Regina, donde estaban alojados los voluntarios de Castilla. Por todo el camino se les había ido reuniendo gente que les acompañaba aclamándolos y profiriendo entusiastas vivas y gritos de guerra á muerte contra el orgulloso y odiado invasor.

Tap mandó á Méndez fuese á ver al comandante de la fuerza alojada en el cuartel dicho, intimándole le entregase el batallón so pena de romper acto seguido las hostilidades.

Aumentaban los gritos del pueblo pidiendo armas y muchos las tenían ya. Había corrido por toda la ciudad la noticia del movimiento militar. Los valentones que se habían escapado cuando la sorpresa del cuartel de carabineros pavoneábanse por las tabernas de Triana contando fabulosas hazañas.

Al día siguiente formaron todas las fuerzas sublevadas en la Alameda, y desfilaron ante Tap, Ayús y Esquivel dos mil soldados y seis mil paisanos, total ocho mil hombres, que debían immortalizarse más tarde en los gloriosos campos de Bailén.

No estaba muy tranquilo el señor Hore, asistente de la ciudad, ni tampoco el señor secretario del Cabildo; sino muy de mal talante los dos al reflexionar que el *loco bando* español iba á quitarles las cómodas y suculentas situaciones que desempeñaban tan á gusto y satisfacción de la Junta de Murat; así es que no las tuvieron todas consigo al ver desembocar en la plaza de San Francisco aquella imponente multitud de masas armadas, ondulante y tempestuosa como las olas del Guadalquivir cuando se desborda, á la vez que pintoresca y vistosa por la variedad de armas y trajes que ostentaba. Sombreros de picos, monteras, gorras de cuartel, pañuelos, casquetes, calañeses; todo género de armas de fuego: pistolas, fusiles, carabinas, retacos y trabucos, pedreñales y mosquetes; sables, estoques, garrochas, navajas y mandobles; tambores, pífanos, clarines y castañuelas; de todo había en aquel revuelto mar de hombres dispuestos á derramar por la patria hasta la última gota de su sangre.

Brillaba por su ausencia el conde de Tilly, tan enredador y bravucón antes del levantamiento.

En esto, al pasar un numeroso pelotón por frente á la fábrica de tabacos, resonó una descarga. El jefe que mandaba la fuerza, sorprendido por tan extraña agresión y temeroso de que una equivocación no fuese la causa de alguna deplorable escena, mandó averiguar de quiénes procedían aquellos tiros y supo que dos compañías francesas, acuarteladas allí hacía pocos días, habían intentado desbaratar el movimiento con tan estúpida salida; necia pretensión que da la medida de lo mucho que conocían los napoleónicos á los españoles y del juicio que tenían formado de esta tierra. El jefe del pelotón mandó disparar, cayeron multitud de heridos, y al poco rato una bandera blanca anunció que los héroes de la fábrica querían capitular. Se les desarmó y dejóseles ir á la buena de Dios.

VI

Deseoso Tap de dar al alzamiento el carácter legal necesario para ser reconocido por todos, fuéese

hacia las Casas Consistoriales y entró en la sala de sesiones á los gritos de *viva!* y entre los abrazos de todos. Había allí reunidos el asistente de Sevilla, los señores del regimiento de la ciudad, los maestran-tes, los jurados, los corredores de lonja, títulos de Castilla, generales, almirantes, empleados civiles, magistrados, abogados, el arzobispo de Laodicea, clérigos, los superiores de las comunidades de frailes y gran número de distinguidas personas, en número de más de ciento cincuenta.

Presentóse Tap con gentil y desembarazado continente y, encarándose con Hore, preguntó con cierta socarronería:

—¿Quién hace cabeza en esta tan respetable reunión?

—Yo, como asistente de Sevilla.

—Y ¿de quién tenéis vos el nombramiento?

—Del gobierno legal de la nación.

—¡Mentira parece que os atreváis á decir tal cosa! ¡Eh! Basta ya.

Y, dirigiéndose al sillón presidencial, con voz clara y entera exclamó:

—En nombre de la soberanía del pueblo, de quien soy por ahora único representante, quedan todas las autoridades exoneradas de sus destinos.

Aquella fué la primera vez, recordémoslo con respeto, que la fórmula de soberanía nacional resonó en España, que ensayó entonces aquel principio, tan combatido por unos, tan entrañablemente amado de otros, precisamente en ocasión en que ante la tiranía y el despotismo imperial parecía haber quedado desacreditado y sepultado para siempre.

Acto continuo confirmó Tap en sus puestos á los antes destituidos, tributando de esta suerte un respetuoso homenaje al nuevo principio proclamado.

La Junta estaba algún tanto atemorizada al verse tratada de tal manera por el impertérrito dictador. Tap tomó entonces la palabra y dijo:

—El pueblo pide que se jure como rey de España á D. Fernando VII; que se firme con Inglaterra un tratado de paz y alianza y declaración de guerra por mar y por tierra á los franceses; armamento general sin distinción de personas; formación de una Junta suprema de notables.

—D. Fernando...—dijo Hore.

—D. Fernando no tiene nada que ver en eso que estoy diciendo.

—D. Fernando,—repuso Hore, insistiendo,—me

ha escrito que no permita en modo alguno se le jure como rey.

—No me convencen escritos ni cartas ni advertencias, ni el rey en persona que viniera. Me trae sin cuidado su modestia. Cumplid lo que os tengo dicho y no me lo hagáis repetir más si os queréis evitar un disgusto que no tengo ganas de daros.

—Pero si mis instrucciones me impiden...

—Callad de una vez,—replicó Tap.—Dupont se acerca, el tiempo vuela. Yo sólo vengo á hacer, no á conferenciar: ó se hace lo que mando, ó V. E. muere en la horca dentro de un cuarto de hora.

—Se cumplirá lo que habéis tenido á bien mandar,—repuso Hore;—creed que obraré con la mayor diligencia en cuanto seáis gustoso de disponer y que encontraréis en mí un sumiso y obediente servidor; pero os ruego que haciéndoos cargo de mi delicada...

—Basta: excusad explicaciones. Fuentes: que venga al punto bien custodiado el alférez mayor de Sevilla con el real pendón de la ciudad.

Fuentes partió al punto, y al poco rato, escoltado por una guardia de honor, llegó á las Casas Consistoriales el Excmo. Sr. D. Lope de Olloqui y Reostrada con el supradicho pendón. Colocóse en el balcón principal y proclamó como rey de España é Indias á S. M. el señor D. Fernando VII de Borbón, tremolando acto continuo la veneranda insignia.

VII

En vano sería describir el entusiasmo que produjo aquel acto á la alborozada multitud sevillana. Hombres y mujeres alzaban las manos al cielo, pidiendo bendiciones para el pobrecito y engañado monarca, que se desvivía pensando cómo y cuándo podría hacer dichosos á los españoles; para el angelical Fernando, tan joven y tan desgraciado, que gemía amarguissimamente en extraña tierra con sus tiernos papás. Después de oír la proclamación, juraban sevillanos y sevillanas sacrificar su vida para volver la perdida libertad al incauto traductor de las *Revoluciones de Roma* bajo el dictado de Escoiquiz. En el colmo del entusiasmo, propio de la tierra de María Santísima, creyóse ya Sevilla libre de compromisos y exenta completamente de riesgos, y, sin embargo, desde aquel mismo momento empezaba una era de trabajos, preñada de sinsabores y erizada de esco-

llos; desde aquel momento comenzaba un período en el cual los héroes iban á dar más de una prueba de la magnanimidad de su corazón; los hipócritas, de su falsa fe; los fingidos patriotas, de su perfidia.

—Va á procederse á la elección de presidente de junta,—dijo Tap.

Grandes temores se elevaron al oír las palabras del dictador; cuchicheos, murmullos, gritos, entre los que sobresalían los de un grupo *jaleado* por el conde de Tilly y los de otro capitaneado por el reverendo arzobispo laodiceatano. Todos hablaban á un tiempo, almirantes y magistrados, frailes y corregidores, condes y empleados, hasta que la voz de Tap, proclamando presidente á D. Francisco Saavedra, hizo cesar todos los murmullos.

Era Saavedra hombre cabal, de carácter entero, de intachable conducta, de vastos conocimientos. Ningún otro podía lastimarse al ver aquella preferencia. Ministro de Hacienda en el gabinete en que Jovellanos lo fué de Gracia y Justicia, no doblegó su altivez ni á las imperiosas exigencias de María Luisa ni á los caprichos del valido, sin que las dulzuras desvanecieran su juicio, aumentando lo elevado de su proceder la dignidad del ministro.

No podía, pues, la Junta haber hecho una mejor elección, ni Sevilla una adquisición más brillante.

Acábaronse de acordar los demás nombramientos y levantó Tap la sesión.

En la calle fué recibido con las muestras de frenético entusiasmo que el pueblo reserva para sus ídolos. Desde entonces se le llamó *el incógnito*, y la curiosidad provocada por la singular conducta de su héroe, investigó, escudriñó, indagó y le aplicó nombres y condiciones á medida de su deseo.

Para los unos era el conde de Montijo (¡él, él, el *tío Pedro* del motín de Aranjuez!); otros le tenían por hijo de un grande de España, sin otro designio que el de libertar á los sevillanos del yugo francés; pero como ya hemos indicado en otro capítulo, algunas buenas viejas propalaron que no era otro sino el santo rey Fernando que venía en persona á sacar de aquel penoso trance á la ciudad por él conquistada de los moros tantos siglos antes.

Sólo Méndez y Esquivel sabían quién era Nicolás Tap y Núñez.

VIII

El dictador y el comandante Méndez se encamina-

ron al día siguiente al cuartel de Regina, donde estaban alojados. Tap mandó tocar llamada, reuniéndose al poco tiempo todo el paisanaje armado; y al frente de aquel pequeño ejército, que debía tardar poco en derrotar á los vencedores de Austerlitz, salió de Sevilla, sentando su real en el campo de San Sebastián.

Era un espléndido día de primavera, adornado con todos los encantos que la naturaleza ha derramado en el florido edén donde se asienta la gran Sevilla. El aire, cargado de aromas y frescura; el cielo, puro como la mirada de una virgen; flores y verdura por todas partes; alegres los semblantes, risueñas las esperanzas.

El campamento presentaba hermoso golpe de vista. Toda la ciudad salió á presenciar la revista que debía tener lugar allí. A mediodía estaban formados los regimientos de línea, los batallones de voluntarios, la magnífica artillería de la maestranza y los dragones y húsares. Numerosas músicas alegraban el espacio tocando aires nacionales; las trompetas de la caballería lanzaban sus vibrantes notas; oíanse los toques de las cornetas de órdenes, voces de mando, el confuso rumor de las tropas en descanso, el vocerío del pueblo embriagado de orgullo y desvanecido con el triunfo.

Las cornetas dieron la señal de atención y oyóse el galopar de caballos. Nicolás Tap, seguido de los generales Jácome, Herrera, Gregori y Moreno, y de un brillante estado mayor, recorría la línea, resonando la marcha real á su paso, tocada por músicas y clarines. Inmensas aclamaciones acogieron al caudillo sevillano que saludaba cortés y gravemente al pueblo que le vítoresaba.

Al caer de la tarde desfilaron las tropas.

Nicolás Tap se dirigió á su tienda con Méndez.

—Ya has visto toda esa vana pompa. Ahora empieza lo triste del caso. Vamos á poner un oficio á la Junta diciendo que quedo á sus órdenes. No faltará quien pretenda aprovecharse de mi abdicación para entregarse á sus malos instintos. Ninguno de mis amigos me faltará, pero mis enemigos procurarán perderme. No quiero, por amor á mi país, dar mi nombre en esta comunicación. No se diga que aquel Nicolás Tap que levantó á Sevilla contra los franceses, que reunió fuerzas con que batirlos y encendió el entusiasmo para vencerlos, recibió en pago de su conducta desdenes y menosprecios.

Nicolás dictó el siguiente documento, que trascribimos literalmente:

«Campamento de San Sebastián, extramuros de Sevilla, 27 de mayo de 1808.—El comandante de él da parte á la Junta de Gobierno del reino de Sevilla de haber llegado y sentado su real en dicha ciudad sin novedad, donde espera órdenes de la superioridad para operar obedeciendo.—*Mirtilo Sicuritano*.—Señor presidente y vocales de la Junta de Gobierno del reino de Sevilla.»

Un ayudante pasó á las Casas Consistoriales á entregar este oficio á la Junta, y á propuesta del conde de Tilly se acordó dejar por de pronto sin respuesta la comunicación.

Al siguiente día las tropas se extrañaron de que no se hiciese nada con ellas todavía, quejándose de la inacción. Tap empezaba á ver cumplidos sus vaticinios, dando otra prueba de que en realidad de verdad estaba poseído de cierto espíritu profético.

El 28 la tropa de línea recibió orden de entrar otra vez en la ciudad, los paisanos pasaron á Alcalá de los Panaderos y la caballería fué destinada á Sanlúcar. ¡Tap quedó sin ejército, y á los pocos días se le ponía preso, como poco afecto á la causa de la independencia.

IX

—Has entrado de buena fe en la revolución,—le dijo Méndez, que fué á visitarle en seguida,—y tu desinterés ha sido un agravio imperdonable para más de cuatro. Tú eres el único obstáculo á los torcidos pensamientos de los que sólo han querido figurar en la Junta para crecer y medrar, y ha sido preciso que te descartasen. No te sorprendes de lo que pasa porque lo presumías. Tampoco yo, pero no puedo consentir tal vergüenza, y por eso no puedo permanecer por más tiempo en Sevilla y menos tú. Hagamos que no se malogre todo: conviene que el movimiento militar no se convierta en un aborto demagógico. Voy á la Junta y ¡vive Dios que ó conseguiré lo que pido ó va á armarse aquí la de Dios es Cristo! Primero que nada es tu libertad: hay que soltarte en seguida. Después precisa dar un general á los hombres de armas, y este general ha de ser Castaños. Tú le conoces bien, mejor que yo, por los tratos que con él

has tenido. No le creo muy entusiasta por el levantamiento, pero es leal, buen patriota, enemigo del gobierno de Murat.

—Tiene un defecto,—contestó Tap;—no abriga ninguna ambición. Rehusó el virreinato de Méjico, que le ofrecieron, y no querrá aceptar el mando.

—Lo aceptará por amor á la disciplina. Quiérenle con locura sus oficiales por su amable y blanda condición, y yo haré que le rueguen se encargue del mando. Sin más tardar, mañana debe quedar todo arreglado. Yo me iré á buscar á mis hermanos: tú, con Matilde, ve á donde no manden franceses y exista verdadero patriotismo sin mezcla de malas pasiones. De seguir aquí, en Sevilla, serías perseguido á cada momento. Tu pureza, tu abnegación, serían mudos acusadores de los que obran á impulsos de la ambición y la codicia. Adiós, hermano mío. Hasta muy pronto.

Gracias á las gestiones del comandante, Nicolás Tap fué puesto en libertad, y Castaños tomó el mando de las fuerzas.

La íntima amistad que Méndez y Nicolás Tap se profesaban había trascendido á Matilde. Tap, en efecto, había servido á las órdenes del marqués de Rehinsberg y era el mejor amigo de su hijo, cuyo paradero había quedado envuelto en el misterio. La amante de Méndez, que sabía los estrechos lazos que habían unido á su hermano y á Nicolás, mostróse tan confiada con él como si hubiese sido el ser amado de quien tantos años hacía no se tenía noticia alguna, y de esta manera adquirieron sus relaciones un carácter tan íntimo como era de esperar de dos naturalezas que simbolizaban la lealtad y la abnegación.

Méndez se embarcó para Inglaterra, á mediados de junio de aquel memorable año de 1808, con el objeto de trabajar por la vuelta de las secuestradas tropas de La Romana.

Rosario, que estaba ansiosa por carecer de noticias de su hermano, resolvió ponerse en camino para Madrid, no pudiendo conseguir en manera alguna que dejasen de acompañarla Matilde y Nicolás Tap y Núñez. La antigua idolatrada de Albenza manifestó á su amiga que no haría más que dejarla en la capital y seguiría al punto su camino en dirección al Norte, por manera que sería imposible que Antonio pudiese verla.

El viaje se iba haciendo sin novedad, no sufriendo los pasajeros ninguna molestia por parte de las numerosas partidas que campeaban por toda Andalucía. En la Carolina supieron que el día 20 de aquel mes de junio habían entrado los franceses en Jaén

sin hallar resistencia, y que, sin embargo, lo habían llevado todo á sangre y fuego. Efectivamente, degollaron hasta niños y viejos, martirizaron á los frailes y saquearon horrorosamente la ciudad sin consideración alguna.

